

ISABELITALAMIRACIELOS

PERSONAJES

DOÑA CONCHA

PETRA

SOFI

ISABELITA

MIGUEL

ESTHER

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

(Antes de alzarse el telón, pero ya apagadas las luces de la sala, se oye música pueblerina y estallido de petardos. Al levantarse el telón, la escena está vacía e, inmediatamente, entra DOÑA CONCHA y, detrás de ella, PETRA y SOFI, cargadas de bolsos y maletas.)

DOÑA CONCHA. Pues... ¡no tenéis suerte, guapitas! ¡Os han tocado las habitaciones donde nada menos que Isabel la Católica venía siempre a quedar embarazada! Venía con su Fernando, tracatraca, y se iba. Él no. Él se quedaba unos días más a... a pasar las fiestas con algún ligue de alto copete: la hija del corregidor, o la esposa del alcalde, y todas, a los nueve meses, parían dos o tres días después que la reina. ¡Como relojes! ¡El tío! ¡Aquellos eran tiempos! Con su derecho a pernada y su todo... ¡que estaba el pueblo que hervía de bastardos hijosdalgos, que luego acababan de virreyes del Perú o de arzobispos de Toledo! ¡Aquellos eran tiempos! Y no ahora, que las muy idiotas van y, a lo tonto y sin provecho para nadie, ¡zas! ... pierden el virgo por los bardales. Así que un día me dije: «Esto no puede seguir así. Es una descapitalización absurda, amén de una inmoralidad irreversible. Este pueblo merece más». De modo que ya sabéis cuál es vuestra misión histórica: ser las salvaguardas de los valores ínclitos de este pueblo. *(Sale.)*

PETRA. *(Atónita.)* ¡Joder! ¡Si parece un ministro hablando por la tele, la cabrona! ¡Le manda madre...!

SOFI. ¡A ver si te oye...!

PETRA. ¡Que me oiga! ¡Venirme con grandezas a mí, a Petra, «las tetas de oro»! (*SOFI cae de rodillas.*) ¿Qué te pasa?

SOFI. Que me meo...

PETRA. ¿Y hasta para eso te arrodillas? ¡Ay! ¡La reina del Chantecler! ¡Veinte años en el paralelo, y acabar mi carrera en la cama de Isabel la Católica! Se creará la tía que con eso nos asciende.

SOFI. ¡Quéjate, hija! Para bajón el mío: ¡de lagarta por los pueblos, habiendo cantado la «Madame Butterfly» en el Teatro del Liceo! ¡Y tan contenta...!

DOÑA CONCHA. (*Entrando con un santo bajo campana de cristal y el registro.*) Firmad aquí el registro. (*SOFI coge su maletín.*) Y me metéis por aquí el óbolo. (*Al oír esto, SOFI se para en seco.*)

PETRA. ¿El qué? (*Va hacia DOÑA CONCHA.*)

DOÑA CONCHA. En este puesto de caza se paga por adelantado, moninas.

SOFI. En otros pueblos siempre vamos un tanto a comisión...

DOÑA CONCHA. (*Con mucho énfasis.*) Pues a las fiestas de éste, vienen todos con sueldo fijo: la compañía de zarzuelas, los toreros, vosotras y el orador sagrado.

PETRA. ¡Esto sí que es ordeñar la vaca antes de parir!

DOÑA CONCHA. Ni que decir que aquí, cada una a lo suyo, pero... ¡con orden y eficacia! No quiero quejas en ese sentido. Esto son camas y no las de ahora, que sólo caben tres, y mal. Aquí sí que se pueden hacer numeritos. ¡Qué plaza de toros!

PETRA. (*Mirando el registro.*) ¿Qué es esto de siete coma cero tres? ¿El teléfono de los bomberos?

DOÑA CONCHA. ¡El impuesto de tráfico a las empresas!

SOFI. ¿Y es mucho el tráfico?

DOÑA CONCHA. Eso es cosa vuestra, moninas.

PETRA. Ya, que la empresa es cosa suya. (*Firma. A SOFI.*) Pon la cruz aquí. (*SOFI pone la cruz.*)

DOÑA CONCHA. Y menos preguntar, que está la plaza hirviendo de salvajonas como vosotras esperando anidar, ¡aunque sea bajo un puente! (*Abre el balcón.*) Ahí tenéis. Ya ha empezado la procesión. ¡Vamos, cambiarnos aprisita! Os ponéis vuestra mantillita y me bajáis con las demás...

PETRA (*Atónita.*) ¿A la procesión?

DOÑA CONCHA. (*Inefable.*) ¡Lo indecente no debe quitar nunca lo devoto! Al contrario, ¡potenciarlo!

PETRA. (*Asomándose al balcón.*) ¡Madre mía! ¡Pero si ahí van todas nuestras colegas y competidoras marcando el paso y cantando el quirieleison!

SOFI. (*Muy bajito.*) ¿Dónde está el vademécum? (*Púdica.*) Es que quiero lavarme un poco.

DOÑA CONCHA. (*Señalando.*) Ahí.

PETRA. (*Rabiosa.*) ¡Ya estás tú con la higiene! No me extraña que te llamen «la lisa». ¡Tanto sobarteee...! (*Sale SOFI.*)

DOÑA CONCHA. Pues... ¡suerte! (*Va a salir.*)

PETRA. Y que usted lo vea.

DOÑA CONCHA. ¡Sin cachondeo! ¡Ay, Jesús, me dejaba el San Tecló! Y a ver como os portáis, u os meto en la guagua y os vais a pecar a otro pueblo. ¡Salvajonas! En fin, cada mochuelo a su olivo, y cada puta a su rincón. El programa es: Procesión. Asunto. Toros. Vuelta al asunto. Zarzuela. Asunto. Baile popular. Asunto. Pero a las ocho de la mañana se acabó el asunto, que a y cuarto empieza la misa con sermón.

PETRA. (*A SOFI, que rebusca en un maletín que abrió, le grita.*) ¿Qué haces con mis ligueros?

SOFI. Busco el nescafé, jolín.

DOÑA CONCHA. ¿Quéeee...? ¡Ni hablar! ¡De cocinar en las habitaciones nada! (*Les quita el bote de nescafé.*) ¡Los nescafeses y los bocadillos y los todoos... abajo! ¡Que la cantina también es mía! (*Va a salir.*) ¿Vosotras sois... profesionales, espero...? (*Sale SOFI.*)

PETRA. (*Orgullosa.*) Esta servidora... ¡de siempre!

DOÑA CONCHA. Ah... porque no quiero primerizas. Lloran.

PETRA. (*Modestísima.*) ¿Primeriza, servidora? Servidora lleva recorrido en lo suyo más kilómetros que un ferrocarril. Desde que se fundó el oficio. Me llaman «La Diesel», con decirle... Y de abolengo. Circulo con el carnet de mi mamá. He dicho.

DOÑA CONCHA. ¡Ah...! (*Mística.*) ¡Y que sigáis prohibidas por los siglos de los siglos, que con esto me estoy poniendo las botas, hijas! ¡Qué Perú! Los hombres me vienen en peregrinación, hasta cabezas de partido. (*Entra SOFI y rebusca en los maletines.*) ¡Que Dios conserve la salud a mi santo hermano el alcalde! Si os portáis bien, dentro de dos meses, para las fiestas del 18 de julio, que aquí lo celebramos por todo lo alto, os haré volver y os daré trato de antiguas, es decir: viajes pagados, el doble de fechas, mitad de impuestos, y sólo viejos, que son más descansados.

SOFI. (*Entra vestida de oscuro, poniéndose la mantilla.*) Y con la cabeza bien alta, y con orgullo puedes decirlo, que la tradición es un honor. ¿Acaso no dicen que para formar una mano de duquesa se necesitan quinientos años? Pues para lo nuestro, lo mismo. ¡Qué tampoco es moco de pavo!

PETRA. Y que lo digas, mujer, pues se ha puesto muy difícil hacer callar por agotamiento al macho hispánico. Se deberían dar exámenes para ingresar en nuestra profesión, mujer. Y luego

ascender como diplomáticos, ¡por riguroso escalafón! Eso sí: dándonos primas por dedicación exclusiva y fervorosa. Que las hay que leen novelas pornográficas, fuman, mascan chicle y hasta hacen novenas mientras...

DOÑA CONCHA. ¡De eso aquí, nada! (*Grita.*) ¡E-fi-ca-cia! Ese es el lema de este ayuntamiento. (*A SOFI.*) La mantilla, bien puesta.

PETRA. ¿Y nos hará un descuento?

DOÑA CONCHA. No me delires, pichona. ¿La reforma fiscal a costa mía? ¡Ja! De descuentos, ¡nanay! Que una puede lucrarse con el mal que anda por ahí, pero subvencionarlo, ¡jamás! (*Saliendo.*) Aprisita, que ya deben estar por el sermón.

PETRA. (*A gritos.*) ¿Y el libro de reclamaciones, oiga? (*Cortada.*) No es por nada...

DOÑA CONCHA. (*UluIante.*) ¡Aquí no ha habido ninguna reclamación de nadie desde que hace años nombraron alcalde a mi hermano! Y eso de los cambios, ¡ja! Hasta que lleguen a este pueblo pueden pasar siglos... Y estamos muy, pero que muy agarrados, os lo advierto. (*Sale.*)

PETRA. ¡Como garrapatas! ¡La tía belenes!

SOFI. ¡Ay, los misales! (*Sale.*)

PETRA. (*Saliendo.*) ¿Qué apuestas a que le canto el tango del hijo paralítico y le saco un descuento...? (*Sale.*)

ISABELITA. (*Entrando.*) ¡Me han descalabrado, los muy cabrones! Pero caramba, Cloti, ¿por qué lloras tú, si a la que zumban es a mí? ¡Anda, cierra el caño! ¡Encima de que me han echado de la procesión por tu culpa...! ¡Calla, meona, que si no las de la zarzuela no nos contratan! Las he visto subir: son dos. Deben estar poniéndose los uniformes de pecar. ¡Verás la sorpresa que les vamos a dar! ¿Empiezas tú o empiezo yo? Bueno, pues... ¡yo! (*Canta un aria de zarzuela muy conocida.*)

PETRA. (*Entrando hecha una furia. ISABELITA se esconde.*) ¿Ya estás otra vez con la «Madame Butterfly»? Pues... ¡como para romanzas vengo yo!

SOFI. (*Entrando con los misales.*) ¿Le sacaste un buen descuento a la alcaldesa?

PETRA. (*Muy rabiosa.*) Por poco me saca ella a mí otro impuesto... ¡Sobre el rendimiento del trabajo personal del niño nada menos!

SOFI. ¡Caray, con la tía! Cómo se ve que es de la administración. Vamos, que si no le dices que el niño es también paralítico, os desflora a los dos.

PETRA. ¿A mí?, ¿por dónde? (*Grita.*) ¡Ahhh...! Y además me dijo que «En todo caso, (*Imitando a DOÑA CONCHA.*) las peticiones, por escrito, acompañadas de veinte duros para gastos de oficina.» ¡Chúpate ésa! Y así todo. ¡Qué país! (*Saliendo.*) Si lo nuestro, comparado con los ayuntamientos, es santificarse. (*Sale.*)

ISABELITA. (*Escondida, cantando a grito pelado.*) «Laaa... laaa... laráaaa... laráaaa...».

SOFI. ¡Joder! (*Golpea la pared.*) Y encima, te toca de vecino un tenor de la lírica. (*Golpea la pared.*) ¡Ehhh..., usted! ¡Silencio, que me rompe los tímpanos! ¡Ehhh...! ¡Y no para! Pues vas dada, mona, como estés en medio de aquello y te suelte una ópera el tío éste.

PETRA. (*De afuera.*) ¡Y encima, se me acaba el formol! Si cuando yo me dedico al tráfico de gorros de bebé, los cabrones nacen sin cabeza.

SOFI. (*Descubre a ISABELITA.*) ¡Ahhh...! ¿Qué es eso de ahí, con alas?

PETRA. (*De afuera.*) Si te pica, un pollo. Y si no, tu madre. (*ISABELITA salta sobre la cama.*)

SOFI. (*Después de recobrase.*) ¡Ehhh...! ¿Y tú, quién eres? ¿Eh? ¿Qué haces aquí?

ISABELITA. Lo que me sale de los alones. (*Y sigue cantando.*)

SOFI. ¡Ahhh... eras tú el Fleeta!

ISABELITA. Sí. ¿Y vosotras? ¿Sois de la zarzuela o fulanas?

SOFI. Bueno... más o menos... Vamos... por ahí.

ISABELITA. ¿Cantatrices?

SOFI. Casi... al menos yo.

PETRA. (*Entrando.*) ¡Eh, no te hagas la casta diva en público, Sofi, que se corre la voz y no estrenamos...! ¿Y ésta quién es?

ISABELITA. ¿O sea que sois fulanas?

SOFI. ¡Horrores! (*Desafiante.*) ¿Y qué? ¿Pasa algo?

ISABELITA. ¡Al contrario! ¡Qué ilusión! ¡Hoy hemos nacido, Santa Cloti! Ya verás como éstas nos colocan. ¿Qué...? ¿Me dejáis participar de compañera? Yo soy muy despierta. Y desnudita... me veo mucho mejor. Parezco... (*Salta.*)

PETRA. Un saltamontes viudo. ¡Lárgate o te arrastro, cerda!

SOFI. ¡Mujer! Déjala que salte si la ilusiona.

PETRA. ¿Sobre mi cama? Pero, ¿no ves que es de la competencia?

SOFI. ¿El ése...?

PETRA. Del cuadro plástico de Manolita-Chen, seguro. ¿Qué te apuestas?

ISABELITA. Dejadme de compañera... Podríamos llenarnos de oro entre las tres. Yo soy un huracán en eso de la cama, oye...

PETRA. ¡Ahí la tienes! ¡Ya! ¡Con todo y sus alas, la cabrona! (*A SOFI.*) ¡Aprende!

ISABELITA. Dejadme de compañera...

SOFI. ¿Con esa pinta y esa voz? ¡Menudo pitorreo!

PETRA. Si por lo menos te hubieras disfrazado de odalisca, merluzona... Sacaba yo en el cabaret uno a base de velos cruzados que era y no era... Lárgate. Fuera de aquí, loro.

ISABELITA. ¡Asquerosa! ya quisieran muchas... Hubiera preferido que fueran del toro. Cuando salen de la escuela, los niños me hacen plaza: «¡Ole..., ole...!» Y me gritan: «¡Isabelita la Miracielos, lo que no son aires son vientos! ¡Ole... ole...!».

SOFI. (*Con ternura.*) Ahhh... Tú eres la tonta del pueblo, ¿verdad?

ISABELITA. ¡Caray, qué ojo clínicoooo...! (*Admirada.*) Ni que lo llevara escrito. Pues... sí. ¡Qué lista debes ser tú!

SOFI. (*Por PETRA.*) Pues ésta, más.

ISABELITA. ¿Sí?

SOFI. Una Salomona.

PETRA. No te pases... Pero... la vida enseña.

ISABELITA. (*Interesadísima.*) ¿Ah, sí? ¿Y qué enseña?

PETRA. No te digo que clases de latín particulares, pero...

ISABELITA. ¡Ay... ya! ¡Con el cura, ¿a qué sí? ¿Y... va a venir él aquí, o te va a dar la clase en la sacristía?

PETRA. (*Rabiosa.*) ¡Lárgate ya de una zorra vez, lorito escuchimizado...!

SOFI. ¡Hija, deja a la pobre tonta! (*Con énfasis.*) ¡Éste es un país libre!

PETRA. En eso tienes razón. (*Suena el teléfono. PETRA contesta.*)

ISABELITA. (*Atónita.*) ¿Has oído, Santa Cloti? ¡Han dicho que éste es un país libre! ¡Y ellas son las listas y nosotras las tontas! ¿Qué? (*Escucha a Santa Cloti.*) Que dice Santa Cloti que como tengáis el mismo conocimiento de vuestro oficio que como de política, que vais dadas en este pueblo.

PETRA. (*Cuelga.*) La vieja, que dice que ya empieza el goteo.
¡Aprisa, Sofi! ¡Ya vamos, hombrones! ¡A trabajar! Y tú, largo.

ISABELITA. O me admitís en vuestro sindicato o me quedo aquí. Y, a medida que entren los hombres, me pongo así, (*Se arrodilla.*) muevo las alitas así, (*Las mueve.*) y me rezan a mí el ave y a vosotras os abandonan arrepentidos... (*Llorando.*) ¡Decidme que sí...! ¡Mirad qué sé hacer! (*Canta «Fumando Espero».*)

PETRA. ¡Nena, que te desforro! ¡Que la hija de mi madre no ha viajado cien kilómetros en autobús y otros tantos en ferrocarril para oír a la Sara Montiel!

ISABELITA. ¡Atrévete, y te doy un arpazo que te escafollo viva!

DOÑA CONCHA ¡Eh, vosotras, daos prisa!

SOFI ¡Ya vamos! Esperad, impacientones, que nos estamos bañando.

PETRA. ¡No englobes! ¡Te pones más pesada con la higiene, hija!

SOFI. (*A ISABELITA.*) Anda, vete, mona.

ISABELITA. Me quedo.

SOFI. Bueno, pero debajo de la cama de ésta.

PETRA. ¡Ni hablar! Que en plena cuestión, se asoma y se me puede quedar seco el tío entre las piernas. ¡Al baño!

SOFI. ¡Ay, en el baño tampoco, que yo... ya sabes...!

DOÑA CONCHA. (*A la puerta, golpea.*) ¡Abrid!

ISABELITA. ¡Uyyyy! ¡Las fuerzas vivas!

PETRA. ¡Al baño!

SOFI. ¡Al baño no!

ISABELITA. ¡Al baño no!

PETRA. Pues ya verás. ¡A volar, angelitos! (*Tira a la Cloti por el balcón.*)

DOÑA CONCHA. ¡Abrid, o hago tirar la puerta!

ISABELITA. ¡No, que la Cloti no sabe volar! (*Sale corriendo por el balcón.*)

PETRA. ¡Ya vaaa... ! (*Abre.*)

DOÑA CONCHA. (*Entrando como una fiera.*) ¡Ni una palabra! (*Y las saca de los brazos hacia otra habitación.*) ¡Fuera!

PETRA. Pero... ¡si aún no hemos empezado!

DOÑA CONCHA. Ahí dentro las dos.

SOFI. ¡Eh! En mi puesto de tiro, ni hablar.

DOÑA CONCHA. Entrad. Las dos al tiempo. ¡Vivo!

SOFI. Pero... ¿cómo vamos a trabajar las dos al mismo tiempo, si sólo hay una cama?

DOÑA CONCHA. Que está aguardando alguien muy importante.

SOFI. ¡Ahhh...! Un cliente que quiere un numerito.

DOÑA CONCHA. Y despacháis por la puerta del zaguán. Por aquí, ni asomar. (*Las saca a empujones. Entra MIGUEL. Viste frac, banda al pecho y condecoraciones. DOÑA CONCHA, confusa, toda inclinaciones y reverencias.*) ¡Adelante, Excelencia! Digo... ¡Ilustrísima! Digo...

MIGUEL. Ahórrese el tratamiento, por favor. Ya le he dicho que vengo de riguroso incógnito.

DOÑA CONCHA. ¿Le gusta la habitación?

MIGUEL. Sí. Pero no ha debido molestar por mí a esas dos pobrecitas huérfanas que me ha dicho que la ocupaban. Y más en vísperas de su toma de velos conventual.

DOÑA CONCHA. Son un par de santas, las pobres. ¡Ay, qué alegría! ¡Que un hombre tan importantísimo se haya dignado venir a presidir las fiestas de este pueblo tan pequeño, tan remoto y tan

olvidado!

MIGUEL. Señora: ya le he dicho al subir las escaleras que aunque estoy aquí, es como si no estuviera, porque vengo de incógnito riguroso. Que me suban del coche las maletas. Quiero cambiarme de ropa.

DOÑA CONCHA. ¡No! ¡Quédese usted así...! ¡Así! A no ser que se haya traído algo más... vistoso porque, naturalmente, presidiremos juntos la corrida de toros, saludaremos desde el balcón del ayuntamiento y daremos los gritos de ritual.

MIGUEL. Mis maletas.

DOÑA CONCHA. En un vuelo. ¡Ah...! ¿Cuántos chicos del NO-DO van a venir? Lo digo por los alojamientos, y para mostrarles dónde deben enchufar los focos, colocar las cámaras, y todo eso...

MIGUEL. Siento estropear sus planes, pero por razones muy graves no puedo presentarme en público. Así que, por favor, actíveme esa llamada que pedí abajo. Y me sube las maletas y algo de comer.

DOÑA CONCHA. Le subiré dos lubinitas, que aún están que cacarean.

MIGUEL. ¡Espere! No me deje solo. Necesito hablar con alguien. Decirle lo que me ha ocurrido. Por qué estoy aquí. No... usted no me sirve.

DOÑA CONCHA. ¿Se... encuentra mal?

MIGUEL. Me encuentro vivo. Y eso es lo extraño. Mis maletas, por favor.

DOÑA CONCHA. Sí, ahora mismo, Excelencia. *(Sale.)*

MIGUEL. *(Al teléfono.)* ¿Qué pasa con esa llamada que he pedido? Insista. Es grave y urgente. *(Entra ISABELITA. Mira con miedo. Ve que no está DOÑA CONCHA.)*

ISABELITA. ¿Dónde están ese par de zorras? ¡Las voy a poner moradas! ¿Usted sabe dónde se han metido las de la zarzuela?

MIGUEL. ¡Hola! ¿Quién eres tú?

ISABELITA. (*Que ha corrido a esconderse en la cama.*) ¿Por qué vas vestido de esa forma tan rara?

MIGUEL. Me lo has quitado de la boca. Lo mismo iba yo a preguntarte a ti. ¿Quién eres?

ISABELITA. Yo soy Isabelita la Miracielos, lo que no son aires son... (*Hace una pedorreta.*) ¡Prrr...!

MIGUEL. (*La mira perplejo. Imitándola.*) ¿Prrr...?

ISABELITA. ¡Eso! (*Mismo juego.*) ¡Prrr...!

MIGUEL. ¿Prrr...? ¿Es tu apellido?

ISABELITA. ¡Son pedos! Y voy vestida así porque me sale de los alones.

MIGUEL. ¡Ahhh...!

ISABELITA. ¡Ahhh...!

MIGUEL. Ya sé quién eres.

ISABELITA. ¡A que no!

MIGUEL. Eres la pupila.

ISABELITA. Tu madre más, por si acaso

MIGUEL. Lo fue en su tiempo.

ISABELITA. ¡Ay! ¡Otro que lo confiesa! ¡Ya somos tres con Doña Concha!

MIGUEL. ¡Uy! ¡Casi todas las mujeres de mi familia lo han sido: mi tía Clara, mi tía Ernesta...!

ISABELITA. Yo quiero empezar también la carrera. Podrías llevarme también a mí y me defiendes de los niños del pueblo. La tienen

tomada conmigo. Siempre encima de mí, como tábanos. Ahora mismo, mira cómo me han puesto este ala, yo que salí esta mañana con mi túnica recién planchada y mis alitas bien tiesas, que parecía... pues, ¡lo que soy, claro!

MIGUEL. ¡Ya! Una princesita encantada.

ISABELITA. Un ángel.

MIGUEL. ¡No...!

ISABELITA. Sí.

MIGUEL. Ah... ya.

ISABELITA. Ah... ya, ¿qué?

MIGUEL. Nada.

ISABELITA. Creía que ibas tú a hacer como todos, que en cuanto me ven me tiran piedras y me gritan: «¡Ahí va la tonta...!».

MIGUEL. ¡No...!

ISABELITA. Sí.

MIGUEL. Pero por Dios... Si tú no eres tonta...

ISABELITA. ¡De remate!

MIGUEL. ¡Que nooo...!

ISABELITA. ¡Que síiii...!

MIGUEL. Bueno, si tú lo dices...

ISABELITA. No hace falta: se ve.

MIGUEL. ¿Tú crees?

ISABELITA. Seguro.

MIGUEL. Pues ya ves... ¡Yo no lo habría imaginado!

ISABELITA. Pues... ¡entonces es que eres más tonto que yo! ¡Eso es!
Claro: tú eres el tonto de algún pueblo vecino. (*Con creciente*

temor.) Te han quitado el cargo.

MIGUEL. (*En su mundo.*) En eso llevas razón, ya ves...

ISABELITA. Y... ¿has venido a quitarme el puesto de tonta oficial de aquí? (*Le mira el traje.*) Ahora comprendo lo de tu vestidito. Es tu traje de idiota. (*Agita las condecoraciones.*) ¡Anda... hasta cascabeles!

MIGUEL. No, mujer.

ISABELITA. (*Asustada.*) Y encima, es más tonto que yo. ¡Estoy perdida! Me quitan el puesto. (*Llora.*) Me dejarán cesante por ti. (*Cambio.*) Oye, ¿por qué no nos ponemos de acuerdo?

MIGUEL. (*Al tono.*) ¿En qué sentido?

ISABELITA. ¡Asociándonos! ¿Eh? Tú llevas las alas un añito, y yo los cascabeles. Y al siguiente, al revés. Y al otro... tú. Y así, nos podemos tirar -¡uf!- la tira. ¡Menudo negocio!

MIGUEL. Pues... no me parece mal.

ISABELITA. ¡Ay...! (*Lo abraza.*) Se me ha ocurrido algo aún mucho mejor.

MIGUEL. ¡No me digas!

ISABELITA. Mejor, y más práctico y duradero: podemos casarnos y tener miracielitos con alas y cascabeles. ¡Ven corriendo!

MIGUEL. ¿Adónde?

ISABELITA. Tú... ¿quieres un buen puesto?

MIGUEL. Tenía uno.

ISABELITA. ¿El mejor?

MIGUEL. No tanto.

ISABELITA. Pues yo te lo consigo. ¡Ya va a ver el Toñón! Vas a hacer de San Tecló en el milagro de este pueblo.

MIGUEL. Ah... tenéis aquí un milagro.

ISABELITA. Sí, pero aprisa que empieza a la media.

MIGUEL. Pero ¿un milagro de verdad?

ISABELITA. Que ocurrió hace quinientos años: el de San Tecló. Le llaman así, aunque en realidad, no es santo. Era un ermitaño que no daba golpe. Él siempre a lo suyo: rezando...

MIGUEL. Ya. Y un día se le apareció un ángel a hacerle la labor. (*Muy satisfecho. Casi infantil.*) ¡Como a San Isidro!

ISABELITA. (*Al tono.*) ¿Quién es San Isidro?

MIGUEL. (*Perplejo.*) Bueno... esto está lejos, pero tenéis televisión, ¿no?

ISABELITA. Sí, pero a mí me la tienen prohibida.

MIGUEL. ¿Por qué? (*Se tiende en la cama.*)

ISABELITA. Dicen que como ya soy tonta... ¿a qué hacer el gasto?

MIGUEL. Ya. ¿Y cómo fue vuestro milagro de San Tecló?

ISABELITA. (*Mima la escena sobre el arcón.*) A eso voy. Escucha: según la tradición, el Tecló, como lo llamamos aquí, en confianza, vivió muchos, muchos años en una gruta que hay en las afueras del pueblo. (*Sale corriendo por la derecha y regresa lo mismo por la izquierda.*) Hasta que un día el Tecló se murió y entonces fue cuando... (*Misteriosa.*) ocurrió el milagro: se oyó una música maravillosa como de campanillas de plata, así ¿oyes? (*Se oye el arpa.*), comenzó a bajar del cielo un resplandor, era...

MIGUEL. ¡Un ángel...!

ISABELITA: Sí. Se posó ante el cadáver del Tecló y le dijo: «Tecló, ¿me oyes? Todo el pueblo está hundido en la corrupción. Tanto, que ya había sido decretada su destrucción. Dios me ha enviado para ver si encontraba hombres justos. Pero sólo he encontrado uno: ¡tú! Así que no puedes morirte todavía». Y el Tecló resucitó.

Pero el ángel, antes de marcharse, le dijo: «Dile a los de tu pueblo que se han librado por un pelo, gracias a ti. ¡Y que cambien! Porque algún día bajará otro ángel a investigar... y si las cosas todavía están igual... ¡zas!: el pueblo será destruido. Adiós». Y se fue volando. Y desde entonces, hace muchos cientos de años, este pueblo festeja la fiesta de San Tecló con un cuadro plástico. Yo hago de ángel y el Toñón de Tecló. Ahora el puesto es para ti. ¡Vaya lío! A ver si lo aprueba Doña Concha, porque a ti aún no te ha dado el triquitriqui.

MIGUEL. ¿El qué?

ISABELITA. ¡El unteo!

MIGUEL. Pero, vamos a ver. Explícame eso.

ISABELITA. Pues, verás... A veces, Doña Concha invita -o le viene sin ser invitado- algún figurón de la política. El que vino el año pasado, Don Dimas...

MIGUEL. (*Atónito.*) ¿Cómo has dicho?

ISABELITA: Don Dimas, alias «el sobón». Le llamamos así porque soba que te soba...

MIGUEL. ¡No es posible! ¡Don Dimas!

ISABELITA. Sí. Doña Concha y él ahora se llevan a matar, porque él dice que el año pasado no fue bastante lo que ella...

MIGUEL. (*Atónito.*) Pero, ¿en qué pueblo he caído yo?

ISABELITA. ¡Y aún no has oído nada! Porque aquí, a doña Concha, que es la que mangonea todo, pues... vive cojo, pero deja vivir. Eso sí: le chupa hasta los hígados a Dios y a todo el mundo, desde que recién terminada la guerra nombraron a su hermano alcalde. Él se fue a la capital hace ya mucho tiempo. A hacer negocios en grande. Pero eso sí, dejando aprisa a Doña Concha en plan perro de presa. La gente, como no ha conocido otra cosa, pues... se aguanta. Pero además, doña Concha, aunque no oficialmente, pues hay que

hacerle justicia, tiene detalles muy finos con el pueblo. Ya ves, por las fiestas del San Tecló tira la casa por la ventana.

DOÑA CONCHA. (*Entrando. A ISABELITA.*) ¿Y tú qué haces aquí y en ese estado? Aprisa, sube estas maletas que he dejado en el rellano. (*Sale ISABELITA.*) ¡Aquí están sus lubinitas como dos santas! Su llamada está al llegar. (*Le tiende un sobre.*) Y aquí tiene su... sobrecito. Bueno... el triquitriqui.

MIGUEL. ¿El qué?

DOÑA CONCHA. Lo de costumbre. Ande, coma y descanse antes de... ¿Usted es de los que descansan solos, como los de ahora, o acompañados, como los de siempre? Porque hay algunos que yo no sé si son santos o raros. (*MIGUEL no la oye. Ha abierto el sobre y mira atónito los billetes.*)

MIGUEL. Pero... ¿qué es esto?

DOÑA CONCHA. Antes, hace muchos años, cuando mi hermano aún vivía... aquí, esto era un continuo jubileo de hombres así, como usted. Pero desde que el pobre se me fue... a la capital...

MIGUEL. Pero... ¿qué significan estos billetes?

DOÑA CONCHA. ¿Es que usted es nuevo en el cargo? Pues vaya acostumbrándose. Aquí funcionamos así. Siempre se lo oí decir a mi santo hermano: «Para que el carro ande, ¡juntarlo!» Primero se coge el cargo, luego se aprietan los dientes, y ¡antes morir que soltarlo! Eso sí: orden, principios y jerarquía. Pero ¿por qué no hacer que, al mismo tiempo, el pueblo esté contento? ¡Es tan fácil y cuesta tan poco! Y además, lo pagan ellos, los pobres... ¿Así que quieren pan, toros y niñas? Y además, «la vaca satisfecha da más leche y más espesa». Así que ¡hay que ser progresistas! ¡Y que no se atrevan a criticarme! Que en el pueblo de al lado, donde el alcalde y las fuerzas vivas son tan mostrencos y recalcitrantes, la santera les salió embarazada, ¡y casi la lapidan! (*Entra ISABELITA, con las maletas de MIGUEL.*) ¿No se come las lubinitas?

MIGUEL. No, Mejor cuénteme de Don Dimas y toda la corte celestial...

DOÑA CONCHA. (*A ISABELITA.*) ¡Te voy a matar! ¡Te voy a cortar la lengua! (*La corre.*) ¡Desgraciada! ¡Otra vez te has ido del pico! (*Le pega.*) ¡Lenguaraza!

MIGUEL. ¡Pero...! ¡Oiga! ¿Con qué derecho le pega?

DOÑA CONCHA. ¡Con todoos...! Que come el pan de mi mano.

MIGUEL. ¿Acaso es familia suya?

DOÑA CONCHA. ¿Este esperpento de mierda? Pero... ¿qué dice usted? ¡Ni siquiera es de aquí!

MIGUEL. Pues... ¿de dónde es?

DOÑA CONCHA. Nadie lo sabe. Ni ella misma. Apareció un día, en medio de la plaza, como un perro vagabundo, pocos años después que ganáramos la guerra.

MIGUEL. No llores más, Isabelita. Si... ¡si parece una niña!

DOÑA CONCHA. Es el raquitismo. Pero no se fíe del agua mansa. Estos... ¡en cuanto les alimentamos un poco, nos quieren dominar otra vez!

ISABELITA. (*Cantando.*)

Si los curas y frailes supieran
la paliza que van a llevar
subirían al coro cantando:
¡Libertad, libertad, libertad!

DOÑA CONCHA. ¡Te abro en canal, subversiva!

MIGUEL. ¡Déjela, por favor! Te voy a hacer un regalo, Isabelita.

DOÑA CONCHA. ¡Eso! (*Envidiosona.*) ¡Échemela a perder! ¡Regalitos encima!

MIGUEL. ¿Quiere dejarnos solos, por favor?

DOÑA CONCHA: Sí, hijo, sí. (*Envidiosona.*) ¡Encima de tonta, con suerte! ¡Si para estos idiotas es la vida! Nosotras, ¡a deslomarnos gobernándoles! y ellos... a sus alitas, libres como pajaritos, y sin hacer nada de provecho. Sin producir. A comer del alpiste de la caridad, y a tocar su arpita.

MIGUEL. ¡Ah...! ¿Tocas el arpita y todo? ¡Eso no me lo habías dicho!

ISABELITA. (*Despendolada. A gritos.*) ¡Ella es la que nos toca el arpita a todos en el pueblo! ¡Y a base de bien, la muy cabrona!

DOÑA CONCHA. (*Herida.*) Encima provocándome... No, si «quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro». (*Furiosa.*) Mándemela pronto, que tiene que bajar el toldo del bar, o se me van a achicharrar los clientes. Y además, debe atender al bar y sacarme a beber las vacas.

MIGUEL. Ah... La ayuda a usted en el bar.

DOÑA CONCHA. A romper. No sirve de nada. ¡Ay!, si no tuviera yo el alma que tengo, que veo pasar una bandada de gorriones y mando abrir los graneros...

ISABELITA. (*Despendolada.*) ¡Y... de las otras! ¡Manda abrir los graneros de las otras! ¡Y para vender luego fritos en el bar los gorriones que caen en los cepos de pajaritos! ¡Caray con la caritativa! ¡Soy la sacristana, el cartero, el pregonero, coso por horas, le atiende en el bar de aquí, el del parador, y hago de ángel los días del milagro, y todo sin sindicato, sin seguros y sin ingresos!

DOÑA CONCHA. ¡Y agradecida, como Dios manda...!

ISABELITA. ¡Y cascabelera! Que un día me vieron llorar, y casi me echan... (*Llora.*)

DOÑA CONCHA. No llores. ¡Me da una pena, la pobre! Y los demás igual: porque yo es que tengo un corazón... los pobres:

criaturas de Dios... Crecen, trabajan, procrean y mueren... como las ovejas, sin saber qué bien nos saben, con su lanita blanca y todo...

ISABELITA. Y con su «bee...».

DOÑA CONCHA. Y sus muslitos blancos...

ISABELITA. Y sus pelotitas negras. ¡Beee...! (*Hace cuernos.*)

DOÑA CONCHA. ¡Te voy a...! No, sin violencias.

ISABELITA. Sí, que tengo aquí a este cabrón de testigo. (*MIGUEL ríe.*)

DOÑA CONCHA. (*Santiguándose.*) ¡Jesús, María y José! ¿Y usted se ríe? ¿Lo ve? ¡Siga, siga dándoles alas! (*Va a salir.*) Ah... Y en cuanto a Don Dimas, le diré, por si le conoce...

MIGUEL. Ya lo creo que lo conozco. Mucho.

DOÑA CONCHA. Pues no se fíe de él. Es un cerdo que ha estado sacándome hasta los hígados durante años. Y por cierto, cuando regrese usted, puede decir de mi parte a quien corresponda, que como que me llamo Doña Concha, que si siguen vaciando los pueblos de mano de obra, ¡yo cierro el mío y se sanseacabó!

MIGUEL. Lo diré.

DOÑA CONCHA. Y además, que son tontos del de sentarse, porque una cosa es nutrirse todos, como Dios manda, y otra matar la gallina de los huevos de oro. (*Sale.*)

ISABELITA. Gracias por haberme defendido.

MIGUEL. De nada. Y ahora, quítate la ropa.

ISABELITA. (*Después de una pausa, como un latigazo.*) Pero... ¡qué cabrón! O sea que eres como todos. (*Recoge sus cosas.*) ¡Adiós!

MIGUEL. Me has interpretado mal. Te voy a hacer un regalo. (*Abre la maleta.*) Mira, es un vestido. ¿Te gusta? ¡Un regalo para otra,

y que ahora te hago a ti! Quiero que te lo pongas. (*Pausa.*) ¡Eso es todo!... ¡De veras!... ¡Te lo juro!

ISABELITA. (*Cogiendo el vestido.*) ¡Qué bonito es! (*Lo mira.*) La debías querer mucho para hacerle un regalo tan bonito.

MIGUEL. (*Después de una pausa.*) Sí, la quería...

ISABELITA. ¿Alguna pájara?

MIGUEL. (*Después de una pausa.*) Sí.

ISABELITA. (*Con miedo.*) ¿Y si viene y me lo quita? (*Llora.*)

MIGUEL. ¡Imposible! ¿Porqué lloras? ¿No lo quieres?

ISABELITA. Me has mentido como a una idiota.

MIGUEL. ¿En qué?

ISABELITA. ¿Vas a decirme que el vestido lo traías contigo, y precisamente para regalármelo a mí?

MIGUEL. No, verás mujer... (*ISABELITA saca una cajita de música de la maleta y la abre.*) Es que íbamos a salir de viaje en cuanto yo regresara de un banquete. Yo iba a recogerla a ella, pero llevaba ya las maletas de los dos en el coche para no perder tiempo. Y de pronto, lo oí por la radio: lo que temíamos todos acababa de estallar. Dejé la autopista y he estado conduciendo durante horas, hasta que súbitamente surgió ante mí aquel muro. Intenté frenar, pero el coche patinó hacia él. En aquel mismo instante estalló ante mí un resplandor y me sentí como si acabara de nacer o acabara de morir.

ISABELITA. (*Por la música.*) La música sale de aquí dentro... ¿Qué es?

MIGUEL. Una tabaquera. ¿Te gusta?

ISABELITA. Mucho. (*Mágicamente.*) Me recuerda algo... muy lejano. No... no sé donde. No sé... no sé cuando...

MIGUEL. Si tanto te gusta, te la regalo.

ISABELITA. ¿De veras? ¡A cambio te regalo la Santa Cloti! (*Busca la Cloti.*) ¿La viste? ¡Ay, si no os he presentado! Aquí, Santa Cloti, y aquí...

MIGUEL. Miguel... ¡Qué bonita es!

ISABELITA. Y eso que ahora está hecha una porquería, la guarra... (*A Cloti.*) ¿Qué? ¡Habla más fuerte, puñetas!

MIGUEL. ¿Cómo? ¿Habla?

ISABELITA. Y come, y mea, y todo. Eso que hace «tan, tan, tan» es su corazón.

MIGUEL. ¿Y qué ha dicho?

ISABELITA. Dice que por qué no te quedas, además de para hacer de San Tecló en el milagro, un día o dos más...

MIGUEL. ¡Imposible!

ISABELITA. ¿Te das cuenta, Cloti? Siempre hemos estado solas. Pero yo nunca, hasta ahora, me había dado cuenta. Adiós. (*Va a salir por el balcón.*)

MIGUEL. ¡Espera...!

ISABELITA. Que dice Cloti que si te quedas con nosotras, aunque sólo sea unos días, te enseñamos a cazar grillos, o coger estrellas con el cuenco de las manos, y a llamar a Margarita.

MIGUEL. ¿Otra santa?

ISABELITA. ¡No! Margarita es la burra de Doña Concha.

MIGUEL. ¿De veras? Pues por mí... ¡de acuerdo!

ISABELITA. Pues es... ¡así! (*Rebuzna. Una vez, dos, tres. Al fin, contesta desde lejos otro rebuzno.*) ¡Me ha oído! ¡A ver, tú ahora! (*MIGUEL rebuzna. Contesta otro rebuzno.*) ¡Bravooo! ¡Qué rápido has aprendido, jo! ¡Cómo se ve que has estudiado en la

escuela! Yo no, claro...

MIGUEL. Yo te enseñaré a ti a cambio...

ISABELITA. (*Ilusionada.*) ¿Qué?

MIGUEL. ¡Lo que enseñan en la escuela: a leer!

ISABELITA. ¿Eh...?

MIGUEL. (*Pausa.*) ¿Qué te pasa?

ISABELITA. ¿Cuándo vas a enseñarme a eso?

MIGUEL. ¡Ahora mismo! Dame algo para escribir. (*ISABELITA saca una tiza del bolsillo. MIGUEL escribe en el suelo.*)

ISABELITA. ¡Aaaal tres en raya no quiero jugar!

MIGUEL. ¡Pero si esto no es el tres en raya! Fíjate. (*Escribe una «A».*)
¡Eso es! Es la «A». Di: «AAA...».

ISABELITA. «AAA...» (*Cambio.*) ¿Qué es la «A»?

MIGUEL. La primera letra del abecedario. Te estoy enseñando a leer. (*Escribe.*) Y a escribir al mismo tiempo. Repite «AAA...».

ISABELITA. (*En tensión.*) «¡AAA...!».

MIGUEL. (*Escribe.*) Esta otra se llama «E» . Di: «EEE...».

ISABELITA. «¡EEE...!».

MIGUEL. (*Escribe.*) «III...».

ISABELITA. (*Con emoción creciente.*) «¡III...!» (*Suena el teléfono.*)

MIGUEL. (*Escribe.*) «OOO...».

ISABELITA. (*Casi llorando.*) «¡OOO...!».

MIGUEL. (*Oye el teléfono. Alza la cabeza. Se va a parar.*) A... E...
I... O... Repite...

ISABELITA. A... E... I... O... (*Lo mira.*) ¡Sigue! (*Trémula.*) ¿Por qué no sigues? (*El teléfono sigue sonando.*) ¡Me lo has prometido!

MIGUEL. Es que he pedido una llamada. Seguramente me llaman de la centralita para decirme que ya la han conseguido. Es sólo un momento. *(Hace ademán de ir al teléfono.)*

ISABELITA. ¡No! No contestes. Si lo haces, sé que te irás. Sigue. Te doy a cambio hasta mis alas.

MIGUEL. ¿Tus... alas? ¿De veras me las das? Mira, que ya sabes el refrán: «Santa Rita, lo que se da no se quita, o viene el diablo y te lo quita...».

ISABELITA. *(Ríe.)* ¡Ahhh...! ¡No es así! Es: «Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita, o viene San Pedro y te corta ¡la pilitilla!» *(Atónita.)* Yo ya te he enseñado dos cosas. ¡Ahora no puedes volverte a atrás! *(El teléfono sigue sonando.)* ¡Sigue...!

MIGUEL. *(Definitivo.)* ¡Está bien! *(Se arrodilla otra vez y MIGUEL sigue escribiendo en el suelo.)* «OOO...».

ISABELITA. *(Maravillada.)* «¡OOO...!» *(Empieza a oírse una música.)*

MIGUEL. *(Escribe.)* «UUU...»

ISABELITA. «¡UUU...!» ¡Ahora yo! *(Le quita la tiza. Escribe.)* AAA... *(Escribe.)* EEE... *(Escribe.)* III... ¡Qué fácil es! *(Escribe.)* OOO... *(Escribe.)* UUU... *(El teléfono sigue sonando.)* A... E... I... O... U... Gracias, ay, gracias. Mira: te estoy tan agradecida que toma, *(Se las quita y ofrece.)* te regalo lo que más quiero en el mundo. Mis alitas. *(Luz sobre las palomas. Gesto. Suena el arpa.)*

(OSCURO LENTO.)

SEGUNDO CUADRO

(Cuando sube la luz, DOÑA CONCHA está arrodillada en el suelo,

limpiando las letras.)

DOÑA CONCHA. ¡Cuatro días fregando estas letras! ¡Vamos, aviva, Isabelita, guapa! Deja de mirarte en el espejo y apúrate, que tu novio el ministro estará ya a punto de volver con las lilas. ¿Te las has puesto ya?

ISABELITA. *(De afuera.)* ¡Sí.. ! ¡Ya están puestasaaas...!

DOÑA CONCHA. Pues... ¡aprisa! ¡Hay que darle la sorpresa!

ISABELITA. *(Entra arrastrando un largo velo de gasa y trae enormes pechos postizos.)* Pero es que Miguel, la verdad sea dicha, de boda, lo que se dice de boda... pues... aún no ha hablado. ¿No será un poco precipitado decírselo nosotras, y tan así, de sopetón?

DOÑA CONCHA. Jamás ningún hombre es el primero en hablar de boda. Somos siempre las pobres mujeres las que debemos dar el primer paso, a base de indirectas. ¡Y si éste no la pesca, hija, es que es mas tonto que tú! *(Le arregla el velo.)* Espera, que voy por unos alfileres. ¡Maldita sea! ¡Haber pagado a esa cabrona de modista por anticipado! «¡Ya iré a arreglarle el velo...!» Ya... ya... ¡Cobrar sí saben! ¡Qué país! *(Sale.)*

ISABELITA. *(Viendo pasar a ESTHER.)* ¡Ehhh...! ¡Doña Concha! ¡Vuelva! Creo que aquí está la modista. *(A ESTHER.)* ¿Tú eres la modista? Pasa... *(ESTHER entra en la habitación.)* Ay, Doña Concha te va a reñir. Está como loca con lo de mi boda. Ay... Doña Concha me preguntó hace tres días: «¿Es tu amante?» Y yo.. *(Duda.)* le contesté: «Pues... ¡sí!» Y ella gritó: «Pues manos a la obra». Porque quiere chuparle hasta los hígados. *(Ríe.)* Pero va dada. Ella cree que mi novio, por los vestidos y joyas que traía de la pájara muerta, pues... que el pobre tiene un fortunón.

ESTHER. *(Que no entiende nada.)* Y... ¿no lo tiene?

ISABELITA. ¡No, mujer! Tenía un trabajito, pero se lo han quitado. Ahora es... ex-no sé qué. Vamos, que le han puesto de patitas en la calle. Ha ido a buscarme unas lilas. Verás que pulsera me ha

regalado. (*Sale corriendo.*)

MIGUEL. (*Entrando con las lilas.*) Isabelita...

ESTHER. (*Viéndole.*) ¡Hola, Miguel!

MIGUEL. Pero, ¿qué haces tú aquí?

ESTHER. Soy yo quien tiene derecho a preguntar eso.

MIGUEL. ¿Cómo has dado conmigo?

ESTHER. ¿Qué importa eso? Recoge tus cosas. Ya te explicaré.
¡Vamos!

MIGUEL. ¿Irnos? ¿Por qué? Y además, ¿a qué viene tanta prisa?

ESTHER. Pero... ¡Miguel!

MIGUEL. Vamos, cálmate. Estás muy nerviosa.

ESTHER. ¿Cómo quieres que esté? Oí la noticia por la radio y tú como si te hubiera tragado la tierra. ¡Cobarde! Si en vez de huir y esconderte hubieras dado la cara... Pero, ¿qué te pasó?

MIGUEL. ¿Qué más da? Todo lo ocurrido es muy sencillo: oí la noticia en el coche cuando iba a buscarte y, con franqueza, tuve miedo. Huí. Y llegué a este pueblo como podría haber llegado a cualquier otro. Y me alegro de haber reaccionado así. Han sido unos días de descanso estupendos.

ESTHER. Y nosotros al principio creímos...

MIGUEL. ¿Qué es lo que creísteis?

ESTHER. (*Riendo.*) Que habías sido objeto de un secuestro político. Sí, mi padre y los del equipo estaban en el fondo locos de alegría.

MIGUEL. ¿Hasta ese punto me odia tu padre?

ESTHER. En los primeros momentos, cuando estalló la noticia de la caída del gobierno, el secuestro de un miembro del equipo de papá era tan oportuno... Podía suponer el relanzamiento político. Pasar a ser víctimas.

MIGUEL. Ya, de verdugos a víctimas.

ESTHER. Pero no pudo ser.

MIGUEL. Sí, porque cuando ya estabais todos, sin duda, a punto de lanzar el notición a los cuatro vientos, recibisteis mi llamada.

ESTHER. Y colgaste. Sin darme siquiera un número de teléfono, ni una pista sobre tu paradero. Y yo, naturalmente, pensé que habías hablado bajo la amenaza de una pistola. Y todo esto teniendo que callar. Pensé que de ello podría depender tu vida. Hasta que al fin me decidí a... Fue la operadora de la centralita la que... Y llego temblando, y te encuentro aquí, y tú me dices: «Oí la noticia por la radio y me vine aquí. Y aquí estoy, feliz, tranquilo... Han sido unos días de descanso estupendos».

MIGUEL. (*Grita.*) ¡Bastaaa! (*La toma de los hombros.*) ¡Basta! (*Va a la mesa y le sirve una copa. Se la ofrece.*) ¿Te sientes mejor?

ESTHER. (*Respira hondo.*) Vámonos. Ya hablaremos por el camino.

ISABELITA. (*De afuera.*) ¡Migueeel...!

ESTHER. Vámonos. (*Va a salir.*)

ISABELITA. (*De afuera.*) ¿Estás ahí, Miguel?

MIGUEL. Sí.

ISABELITA. (*De afuera.*) ¿Me has traído las lilas, pichoncete mío?

MIGUEL. Sí.

ISABELITA. (*De afuera.*) Gracias, mi vida. Ahora mismo voy.

ESTHER. (*Atónita.*) Pero ¿qué significa esto? Miguel... no entiendo nada

MIGUEL. Ya lo irás entendiendo, pero, ante todo...

ISABELITA. (*De afuera.*) Miguel: cierra los ojos, que quiero darte una sorpresa, amor mío.

MIGUEL. De acuerdo. (*Los cierra.*) Ya los tengo cerrados.

ESTHER. Pero ¿qué es esto? ¿Quién es esa mujer?

MIGUEL. El... el motivo de mi ausencia.

ESTHER. ¡Miguel, no entiendo nada!

MIGUEL. Vete. Luego bajo y te explico todo.

ESTHER. ¡No! ¡Aquí! ¡Y ahora mismo!

MIGUEL. ¡No grites!

ISABELITA. (*De afuera.*) ¡Allá voy...! ¿Tienes los ojos cerrados?

MIGUEL. Sí.

ESTHER. (*Lo mira atónita.*) Es que... No sé ni... ni qué decir, ni...

MIGUEL. (*Intenso.*) Todo, menos que eres mi mujer, ¡o la matas! No le he dicho que soy casado.

ESTHER. ¡Miguel, vámonos!

ISABELITA. (*Entrando.*) Ya...

MIGUEL. ¿Puedo mirar ya?

ISABELITA. ¡Síiii..! (*MIGUEL abre los ojos. La mira atónito.*)
¿Qué? ¿No... me... dices... nada? El vestido es una indirecta. ¿No caes?

MIGUEL. Pues... no. El vestido es bonito. Pero, sobre todo, te noto cambiada...

ISABELITA. (*Se mira.*) Son estas tetas postizas... (*Se las quita.*) Me mandó ponérmelas Doña Concha. Pero como ya has visto el efecto, puedes guardártelas. Como todo lo tuyo ya es mío, y lo mío tuyo, ¿qué más da quién las lleve, ni dónde? (*A ESTHER.*) Ah, mira... ¿verdad que es una pulsera preciosa? Déjanos solos.

ESTHER. Pero... esa pulsera... ¡es mía!

ISABELITA. (*A MIGUEL.*) Es la modista.

ESTHER. ¡No soy la modista! (*Tensa.*) ¡Soy! Dile quién soy, Miguel.

Tú. Díselo tú.

MIGUEL. (*Rápido.*) Es mi... mi hermana. (*ESTHER se asombra.*) Sí: ¡mi hermana!

ISABELITA. (*Atónita.*) ¡Ah! O sea que Doña Concha y tú estabais de acuerdo. Me dijo que había que sorprenderte... ¡y soy yo la sorprendida! ¡Has hecho venir a tu hermana para la boda! (*A ESTHER.*) Bueno, pues... como ya lo sabrá todo, yo soy... Isabelita.

ESTHER. Me llamo Esther (*Y le tiende la mano.*)

ISABELITA. (*Besándole la mano.*) A sus pies. (*Orgullosa.*) ¿Qué tal lo he hecho, Miguel? (*A ESTHER.*) He mejorado mucho últimamente. Tanto, que todo el pueblo no se lo cree. Fíjese que ya me dejan hasta ver la televisión. Pero... ¡siéntate! ¿Puedo tutearte? ¡Ponte cómoda! ¡Quítate la faja y los rellenos, que estamos en familia! Y las mujeres, ya se sabe... ¡como las cerdas, sueltas, a su aire! Pero dime, cuéntame...

MIGUEL. Por favor, Esther, déjanos solos un momento.

ESTHER. No. Prefiero enterarme de todo directamente. (*A ISABELITA.*) ¿Decías?

ISABELITA. (*Inquieta.*) ¡Ay... me miras de un modo, hija! ¿Tengo algo raro en algún sitio?

ESTHER. Pues... no.

ISABELITA. (*Grita.*) ¡Ahhh! ¡Qué horror! ¿Cómo no me ibas a encontrar rara, si estoy sin alas? (*Sale corriendo de espaldas.*)

ESTHER. (*A MIGUEL.*) ¿Sin qué?

MIGUEL. Alas...

ESTHER. ¿Quéee...?

MIGUEL. Que tiene alas.

ESTHER. (*Con aprensión.*) Miguel, ¿qué significa todo esto?

MIGUEL. No significa nada... Es... Existe... Y es algo tan real como maravilloso.

ESTHER. Ahora lo entiendo. Estás enfermo. Por eso te fuiste, para... Una amnesia, o algo parecido... ¡Eso!

MIGUEL. No. Me siento perfectamente. Más aún: jamás me he encontrado mejor. ¡Y nunca había visto todo tan claro! Ven, asómate. (*Al balcón.*) ¿Qué ves?

ESTHER. Un... pueblo. Ya lo he visto.

MIGUEL. ¡Eso! ¡Un pueblo español, con su iglesia, su plaza, su ayuntamiento habilitado como parador, su alcalde que no está nunca en él, su hermana que sí, su cura, sus vacas, sus árboles, sus pájaros, y su... ¿no lo adivinas?

ESTHER. Sí, claro: su tonta.

MIGUEL. Pues me encuentro feliz aquí.

ESTHER. Escucha, Miguel: admito que ha sido una lucha feroz durante años, que aquel día sufriste un golpe terrible. Pero... ¡sal ya! Las cosas han ocurrido en estos días de un modo distinto del que pudo creerse en un principio. Verás: el...

MIGUEL. No quiero saber nada.

ISABELITA. (*Entrando.*) ¡Ay, perdón! ¡Acabo de recordar que dejé mis alitas en el desván!

MIGUEL. Ah, sí... Esta mañana las vi colgadas al fondo, detrás de los pimientos y los ajos. Yo voy por ellas.

ISABELITA. ¡No! ¡Yo! Quiero que tu hermana me las vea puestas. (*Sale.*)

MIGUEL. ¡Date prisa, ¿eh?, que tenemos que ir a la boda del Luisón y la Elvira! (*A ESTHER.*) ¿Por qué no te quedas aunque sólo sea hasta mañana? ¿Eh? ¡Anda, ánimo!

ESTHER. ¡Basta, Miguel! Soy una mujer inteligente. Me debes todo lo que eres. Dímelo todo. Sabré callar. Si has hecho algo, ¡yo debo saberlo! Para protegerte. Dímelo. Te encuentro muy extraño... Pareces...

MIGUEL. (*Esperanzado.*) Otro hombre, ¿verdad?

ESTHER. Sí, ¿qué ha pasado?

MIGUEL. Algo muy sencillo, Esther. Durante toda su vida un hombre es como las conveniencias, el qué dirán y su carrera le exigen... Y de pronto, un día ¡pega un tiro a su mujer, o se suicida, o simplemente coge una buena borrachera! ¡Estalla! Pues bien: éste es mi estallido...

ESTHER. Pero, Miguel, ¿te has vuelto loco, o qué?

MIGUEL. No.

ESTHER. (*Grita.*) ¡Ten sentido común!

MIGUEL. (*Cortándola.*) ¡Justamente! He obedecido demasiado tiempo a mi sentido común. No tengo por qué ser su esclavo. Así que me dije: voy a tomarme vacaciones, voy al río a bañarme y a coger nidos, como cuando era niño. ¡Y te juro que están siendo las vacaciones más maravillosas de mi vida!

ESTHER. (*Que sigue sin entender nada.*) ¡Dios mío! ¡Si esto llega a saberse! ¡Si alguien descubre quién eres realmente y se le ocurre venir a un periodista! ¿Te imaginas una foto tuya en los periódicos, con esa idiota al lado, y encima con traje de novia? (*Se oye el claxon de un coche y voces de niños.*)

MIGUEL. (*Mirando por el balcón.*) Perdona. (*Sale. ESTHER va a mirar por el balcón y luego a la cama. Se acuesta agotada. Cierra los ojos. Entra ISABELITA con las alas ya colocadas. Viene hecha un flan, deseando causar la mejor impresión a ESTHER. Se acerca sigilosamente a la cama.*)

ESTHER. (*Siente la presencia de alguien y abre los ojos. Da un alarido*

al ver a ISABELITA.) ¡Ahhh!

ISABELITA. (*Asustada por el grito de ESTHER, grita a su vez.*)
¡Ahhh!

ESTHER. (*Aterrada por el grito de ISABELITA, grita aún más fuerte.*)
¡Ahhh! (*Continúa gritando.*) ¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Ahhh!

ISABELITA. (*Desconcertada, una vez que ESTHER deja de gritar.*)
Ya. O sea que no le gustan mis alas. ¿Me las quito?

ESTHER. No... (*Atónita.*) Es que... me había adormecido... y el relámpago... me asusté... Además, me parecía que algo se movía por la almohada.

ISABELITA. Serán las chinches que hay debajo, que a veces les da por corretear... También Miguel se llevó un susto terrible la primera noche que pasamos juntos en esa cama...

ESTHER. (*Atónita.*) ¡Quéée...? (*Se levanta lentamente. Se oye de nuevo el claxon y voces de niños.*)

MIGUEL. (*Entra corriendo y va al balcón.*) ¡Ehhh, niños! ¡Basta ya!
¡Dejad de tocar el claxon! ¡Y bajaos del coche! (*A ESTHER.*)
Esther, dame las llaves, o esa chiquillería te va a dejar sin coche.
(*ESTHER se las da.*) Lo pondré donde el mío.

ESTHER. Lo he visto. Por cierto... ¿dónde y cuándo has tenido el accidente? ¡Ni que te hubieras lanzado contra un muro! ¿No te heriste?

MIGUEL. (*Pausa larga. La mira.*) No. (*Sale.*)

ESTHER? (*A ISABELITA.*) Siéntate. Tú y yo tenemos que hablar.

ISABELITA. ¡Ah...! ¿De las invitaciones para la boda?

ESTHER. Dijiste antes que la primera noche que Miguel y tú... pasasteis juntos... (*Abre las puertas para ver si hay alguien escuchando. En una está DOÑA CONCHA. ESTHER grita.*) ¡Ayyy...!

DOÑA CONCHA. (*Entrando.*) Los zapatos de la novia. (*A ESTHER,*

al pasar.) Demasiado elegante para puta de pueblo, guapa. Y además, tengo el cupo completo. Así que... ¡adiós!

ISABELITA. Pero... ¡Doña Concha! Si es mi futura cuñada...

DOÑA CONCHA. ¿Qué?

ISABELITA. Sí, la hermana de Miguel. (*Presentándolas.*) Esther... Y aquí, Doña Concha.

DOÑA CONCHA. (*Tranfigurándose.*) ¡Ahhh...! (*Hecha un flan.*) Encantada... (*Va a darle la mano, pero primero se la limpia con el delantal para, al final, no darle la mano, sino, en un arranque, besarla sonoramente a dos carrillos.*) ¡Mi que-ri-da con-sue-gra! Digo... ¡Ay, ni sé lo que me digo! Pues... ¡no tenía yo ganas de echarle el ojo encima!

ESTHER. ¿A mí?

DOÑA CONCHA. ¡Al primero de la familia del novio que diera la cara! ¿Ves, Isabelita, como no iba yo descaminada? ¡El duque ya está haciendo venir a la familia!

ISABELITA. Doña Concha es la hermana del señor alcalde. Y para mí, últimamente, como una segunda madre.

DOÑA CONCHA. ¡Más que una madre! Que si no la he parido, desde que llegó, y era así, llevo años amamantándola con mis pechos. Así que...

ESTHER. Por favor, ¿quiere dejarnos solas?

DOÑA CONCHA. (*Un poco contrariada, accede.*) Pero... ¡claro! Es natural... Platiquen... platiquen... Después de todo, entre cuñadas... Pero los detalles... ella es como una niña... deberá hablarlos conmigo. (*Saliendo.*) Soy responsable legal de ella.

ESTHER. ¿Cómo? ¡Un momento! ¿Responsable legal? ¿En qué sentido y hasta qué punto?

DOÑA CONCHA. Bueno... hasta... ¡todo! Ella es de... de... ¡de nadie

y de todos! Vamos, que pertenece a todo el pueblo... Y como este pueblo es cosa mía, si yo digo «no»... pues... ¡aquí todo Dios dice «nonnes» a la boda! Así que... ya hablaremos de los detalles. (*Hipocritona.*) Porque... nada de apartarme de ella. (*Abraza a ISABELITA.*) ¡Yo iré contigo hasta el fin del mundo! ¿Verdad que tú quieres que yo me vaya a vivir con vosotros? Ya lo ha oído usted: una segunda madre... ¡Ay...! ¡Nadie sabe (*Lloriqueando.*) lo que duele casar a una hija...! (*Sale.*)

ESTHER. Estábamos hablando de la primera noche que tú y Miguel pasasteis juntos...

ISABELITA. ¡Qué trasiego...! Mira: nos pasamos media noche que parecíamos estar haciendo punto. Así. Tracatrá. Matando a uña los bichitos esos. (*Se alza la falda.*) ¡Mira cómo me pusieron los muslos! ¡Pues ya verás los de Miguel! Cuando regrese te digo que te los enseñe. (*Ríe.*) Después de todo, tú eres su hermana... (*Confidencial.*) Es... es un toro. ¡Ayyy..., qué noche!

ESTHER. Dios mío. No... no es posible.

ISABELITA. Han sido unos días maravillosos. Y esto es sólo el comienzo. Lo sé. Aunque... en el fondo, él sigue enamorado de otra: una pájara.

ESTHER. ¿Qué?

ISABELITA. Sí. ¿No te lo ha contado? Por lo visto, se murió. Pero él no la ha olvidado aún. Pero... yo haré que la olvide. Estoy segura. ¡Ahhh...! ¡Te voy a mostrar algo de morirse! (*Sale corriendo.*)

ESTHER. (*Con angustia.*) ¡Dios mío...! (*Atónita.*) ¿Miguel? ¡Oh, no... no es posible! Esto es una pesadilla. Estoy... estoy soñando.

ISABELITA. (*Regresa con un gran libro.*) ¿Ves esto? Es un libro. Verás. ¡Ay, vas a caerte de culo! (*Abre el libro y lee.*) «Di...os cre...ó el mun...do.» ¿Qué te parece? Miguel me ha enseñado. ¿Sigo? (*Lee.*) «En se...is dí...as. El pri... me...ro... (*Entra MIGUEL.*)

ESTHER. Miguel...

MIGUEL. Un momento.

ESTHER. Tengo que hablar contigo.

MIGUEL. Escucha cómo lee, por favor.

ESTHER. ¿Qué ocurrió ahí, en esa habitación, la noche que llegaste?

ISABELITA. Se lo he contado todo. (*Sigue leyendo.*) «... se... pa...
ró... las a... guas...».

ESTHER. ¿Qué ocurrió? ¡Responde!

MIGUEL. La verdad es que no puedo recordar qué ocurrió aquella
noche.

ESTHER. ¡No me mientas!

MIGUEL. Te juro que no lo sé, Esther. No lo recuerdo.

ESTHER. ¡Miguel! No juegues con esas cosas. Sé que ella miente,
que es imposible... Pero quiero que me lo digas tú.

MIGUEL. ¿Qué es lo que ella te ha dicho?

ISABELITA. Pero Miguel... ¿qué importancia tiene lo que hicimos?
Lo hacen los pájaros, las palomas... ¿Es malo amarse?

ESTHER. ¡Miguel! (*Le toma la cabeza con ambas manos.*) ¡Mírame
a los ojos! ¡Dímelo!

MIGUEL. De verdad, no sé lo que ocurrió. No lo recuerdo. Sólo sé
que al despertarme... ella estaba junto a mí... sonriéndome... y me
hablaba como si... (*ISABELITA sale corriendo.*) ¡Eso es lo que he
estado haciendo aquí, además: intentando saber...!

ESTHER. (*Rotunda.*) ¡Está bien! ¡Yo lo averiguaré!

ISABELITA. (*Entrando con los vestidos y la cajita de música.*) ¡Aquí
están todos tus regalos! Seré tonta, pero he entendido perfecta-
mente lo que pasa. (*Grita.*) ¡Ella no es tu hermana! ¡Es... la pájara!

MIGUEL. (*Tenso.*) Sí...

ISABELITA. ¿Venía por sus cosas? Pues... ¡se lo devuelvo todo! (*Tira todo al suelo. Se quita la pulsera y la tira.*) ¡Todo! ¡Y ahora, váyase! Yo le perdono el daño que le ha hecho.

ESTHER. ¿Cómo? Díselo todo, Miguel.

ISABELITA. La olvidarás, Miguel. Ya lo verás.

ESTHER. ¿Se lo dices tú? ¿O se lo digo yo?

MIGUEL. Es mi esposa...

ISABELITA. ¿Que es tu...? ¡Ahhh! ¡Me has mentido! ¡Y yo que te dije que...!

MIGUEL. No te mentí. Callé la verdad.

ISABELITA. (*A gritos.*) ¡Eres como todos! ¡Nooo...! ¡Peor! (*Llora.*)

MIGUEL. Déjanos solos, Esther.

ESTHER. No.

ISABELITA. Viniste a mí a... ¡a engañarme, como todos! ¡A reírte de mí, como todo! ¡Pero, además, a quitarme lo único que aún no habían conseguido quitarme los demás: la esperanza!

MIGUEL. Isabelita, escúchame, yo...

ISABELITA. ¡Nooo...! ¿Cómo no lo adiviné antes? ¡Tú eres como yo! Sí. En eso no me equivoqué. (*Llorando.*) Eres también un ángel, pero... ¡de los negros! (*Llorando a gritos.*) ¡De los que tienen apariencia de luz para... (*Desesperada.*) para engañar! Eras de los míos. Saliste un día de una tierra como ésta para abrir tus alas y volar... Por eso te quise a pesar de tu disfraz. (*Lo mira como a un desconocido.*) ¡Pero el disfraz se te ha convertido en piel! ¡Vete...! ¡Veteee...! (*Llora.*) ¡Veteee...!

ESTHER. Espérame en el coche, Miguel. Bajo ahora mismo. Pero antes... quiero dejar algo perfectamente claro.

ISABELITA. Sí, vete... Yo... (*MIGUEL sale.*) Yo no te miraré, porque si lo hago... ¡no dejaré que te vayas! (*Se vuelve. Ve que no está.*) ¡Vete, idiota! (*Llorando.*) ¡Y no vuelvas más! ¡Que yo no te quiero! ¡Ya no te quierooo...!

ESTHER. Bien, ¿y qué piensas hacer ahora, Isabelita?

ISABELITA. Volverme a mi tierra.

ESTHER. ¡Ahhh! ¿No es ésta tu tierra?

ISABELITA. No.

ESTHER. Pues, ¿de dónde eres?

ISABELITA. De muy, muy lejos... muy lejooos...

ESTHER. Ya. ¿Pero sabes de dónde?

ISABELITA. Sí, claro.

ESTHER. ¿Me lo quieres decir?

ISABELITA. Sí. Soy del cielo.

ESTHER. ¡Ahhh! Ya. ¡Me había olvidado! Tus alitas, claro... Pues ya que cada uno debe volver a su mundo... ¡tomemos una copita para celebrar la despedida! (*Sirve dos copas.*) Ahora sí sé la verdad: tú eres un ángel...

ISABELITA. Al menos... lo fui.

ESTHER. (*Sorprendida.*) ¿Cómo?

ISABELITA. Es que... ya casi no me queda nada de lo que era cuando me caí del cielo. (*Bebe.*)

ESTHER. (*Sirviendo copas.*) ¡Ahhh..! Ya. Claro. Anda, bebe conmigo y cuéntame. ¿Qué ha ocurrido exactamente entre Miguel y tú?

ISABELITA. (*En su mundo. Ríe.*) Cuando me destinaron a la tierra y bajé, yo era un ángel, pues... ¡como todos! ¡Muy finolis! Siempre con las manos así. Y como además hablaba en latín... pues... ¡me tomaron por tonta! (*Bebe.*) ¡Ay, qué rico! (*ESTHER*

le sirve más.) ¿Y yo qué iba a hacer? Pues... ¡seguirles la corriente! Ahora que les conozco mejor me doy cuenta de que... ¡de buena me libré!

ESTHER. ¿De qué?

ISABELITA. ¡Uyyy...! De que si hubieran notado que era un ángel de verdad... (*Bebe. ESTHER le sirve más.*) ¡Me devuelven al cielo a base de pedradas! Total, que yo me dije para mis alas: «Ya que has bajado, pues... ¡aprovechar el viaje, joder!» ¡Ay, perdón! Pero es que como, de lo que se come se engorda, pues... yo, a fuerza de oír durante años este lenguaje, pues... se me ha ido pegando. (*Bebe.*) A mí todo se me pega mucho y enseguida. (*Bebe.*) ¡Menuda limpieza de lengua me van a tener que hacer cuando regrese al hogar! ¡A jugar al póquer con San Pedro, que hace más trampaaas...!

ESTHER. Deja de jugar conmigo. No eres... eso. Pero tampoco eres tan tonta como te haces.

ISABELITA. ¿Verdad? Ay, menos mal que alguien me lo reconoce. Tanto años diciéndome todos: «Tú eres la tonta, Isabelita la miracielos...» que he llegado a creérmelo a fuerza oírmelo llamar. (*Bebe.*)

ESTHER? (*Sirviendo de nuevo.*) ¿Otra copita para el ángel? Y dime, (*ISABELITA bebe.*) ¿Qué ha pasado entre Miguel y tú?

ISABELITA. (*Derrumbándose.*) Nada. Hubiera sido tan hermoso... Pero no.

ESTHER. Entonces, ¿por qué lo has dicho?

ISABELITA. No lo sé. (*Bebe.*) Quizá deseaba tanto que él me amara, que soñé que mis sueños se realizaban.

MIGUEL. (*Entrando. Tenso. A ESTHER.*) ¿No te da vergüenza? ¡Emborracharla!

ESTHER. Necesitaba saber. (*Entra DOÑA CONCHA.*) ¡Saber...!

¡Vámonos ya!

DOÑA CONCHA. Un momento. No va a ser tan sencillo. ¡Habla, Isabelita!

ISABELITA. ¿Eh?

DOÑA CONCHA. Ya sabes...

ISABELITA. ¡Ah...! Pero si... pero si él no quería... Él estaba dormido cuando yo entré. Me gustabas, Miguel (*Lo abraza.*) Habías empezado a enseñarme a leer... y a escribir. ¡Abrazame! ¡No me abandones!

ESTHER. (*A DOÑA CONCHA.*) ¡Acueste a esta idiota borracha!

MIGUEL. (*Sacudiéndola por los hombros.*) ¡No está borracha!

DOÑA CONCHA. ¡Es peor! ¡Le da a veces! Bajen. Ella y yo nos entendemos.

ESTHER. Vamos.

MIGUEL. ¡Nooo...! (*A ISABELITA.*) ¡Dilo todo!

ESTHER. Ya me lo ha dicho.

MIGUEL. (*Zarandeándola.*) ¡Sé que no estás borracha! (*La zarandeo.*) ¡A mí no me puedes engañar!

ISABELITA. ¿Y tú a mí sí? ¿Yo a ti no puedo engañarte, y tú a mí sí? ¿Con qué derecho, Miguel? ¡Todo era terrible antes de tu llegada! Pero... oscuro. Yo no lo sabía...

ESTHER. ¡Vámonos! Tú delante. (*Lo obliga salir y sale detrás.*)

DOÑA CONCHA. ¡Ehhh...! ¡No huyan! ¡Yo daré con ustedes! ¡No se escaparán tan fácilmente! ¡No! (*Sale detrás de ellos.*)

ISABELITA. (*Llorando.*) Pero llegó él... Miguel... a mi cueva negra. Y empezaste tú... Miguel... amor... a encender velas... Y a tu luz comencé a entrever otro mundo maravilloso... ¡El vuestro! ¡Vosotros sois los ángeles! ¡Los que tenéis luz! ¡Y las alas aquí... aquí...

en el cerebro! ¡Aquí...! (*DOÑA CONCHA vuelve con una sogá.*)
 ¡Y con ellas voláis...! (*Cae al suelo. Patalea, los brazos en cruz.*)
 ¡Yo quiero ser un ángel como vosotroos...! ¡Quiero aprender a volar...! (*Aúlla y mueve los brazos como si volara, pero tendida en el suelo.*) ¡Quiero aprender...! (*Mueve al compás las piernas abiertas, como sacudidas por una corriente eléctrica.*) ¡Aaa... volar...! (*DOÑA CONCHA la ata con la sogá. Se ve que no es la primera vez.*) ¡A volaaar.... ¡Quiero aprendeer...! (*DOÑA CONCHA la arrastra hacia el fondo mientras que ISABELITA quiere volar hacia el público.*) ¡Aaa... aaa... volaaar...! ¡Enseñadme... aaa... volaaar...!

(*El telón desciende lentamente sobre el horror.*)

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

(*Al alzarse el telón, están en escena PETRA y SOFI.*)

SOFI. ¡Ahí viene la gobernadora!

PETRA. Tú déjame a mí, ¿eh? Tú, ni mú (*Entra ESTHER.*) Eh... ¡usted!

SOFI. ¿Lo ves? A ti no te hace ni zorro caso.

PETRA. Usted es la hermana de Miguel, ¿no? ¿De sangre, de leche, o similares?

SOFI. (*Lanzada.*) ¡Quita! ¡Yo llevaré las negociaciones! ¡Ya verás!

PETRA. ¡Y en vez de pagarnos un duro, nos lo cobra!

SOFI. Ay... ¿y por qué, hija?

PETRA. ¡Porque tú eres tonta de lo de sentarse, nena! Oiga...
¡Oigaaa! No se nos haga usted la sorda, que tenemos que echar una
parrafada antes de que usted se las tome.

SOFI. ¡Déjame a mí! Vas a ver. ¡Ehhh... tú, pichona...!

PETRA. ¡Cierra el caño!

SOFI. Pero... ¿no ves que la pobre es...?

PETRA. Pues me va a oír. (*Grita.*) ¡Oiga! Cuando usted vino la
primera vez, hace dos meses, nosotras estábamos aquí, aunque no
nos vimos, ya que usted fue vista... y no vista.

SOFI. ¡Ya! (*A voces.*) Se largó sin que fuéramos presentadas.

PETRA. Total, que nosotras cumplimos nuestro oficio, y nos largamos.
Pero cuando anoche regresamos, y vimos que Miguel aún
seguía aquí, y que usted había vuelto, nos dijimos: «¡Qué raro...!
Esto nos huele a cuerno quemado».

SOFI. Y tan cuerno ¡Hasta que nos enteramos de la pastelada!

ESTHER. (*Inquieta.*) ¿Qué pastelada?

PETRA. (*Triunfante.*) ¡Al fin! (*Se oye un clarinazo y estalla una
música de pasodoble.*)

SOFI. ¡Ay! ¡Ya empieza la corrida! (*Va al balcón y lo abre.*)

PETRA. ¡Ven aquí, imbécil!

SOFI. ¡Que sale el torooo...!

PETRA. ¡Calla, cabrona, que nuestra corrida está aquí!

ESTHER. (*Cierra el balcón.*) ¿Qué... pastelada?

PETRA. Que durante estos dos últimos dos meses, usted ha vuelto
aquí a buscarle nada menos que tres veces.

SOFI. Pero Miguel no quiere irse de aquí ni arrastrado.

PETRA. Y que usted, para guardarle las espaldas, ha dicho por ahí

que su hermano está dando la vuelta al mundo.

SOFI. Ya... ya... ¡Y tan dando la vuelta!

PETRA. ¿Y...? ¿No dice nada? Que tenemos prisa...

SOFI. Y mucha prisa: que después de los toros, nos vuelve a tocar a nosotras ganarnos el pan.

PETRA. Y hemos venido aquí a ganarlo con el sudor de nuestro... corazón.

SOFI. Mire que se trata de algo gravísimo sobre la novia de su hermano, el duque. ¡Se va a quedar pegada!

ESTHER. A lo mejor quieren prevenirme de que no es de muchas luces.

PETRA. ¡Un túnel en la nocheee!

SOFI. Más, mujer: un político en el poder.

PETRA. Bueno: de las que se le cae la baba. Pero no viene por ahí el asunto. (*Pausa. Taconea rabiosa e impaciente.*) Oiga, ¿nos tira o no nos tira de la lengua? Que tenemos mucho que largar...

SOFI. Y eso que yo quiero a Isabelita, que la adoro. Primero, porque es tonta, y a las tontas, nosotras las listas tenemos el deber de protegerlas. ¿O no? Segundo, porque además de tonta, es buena. ¡Y de generosa...! ¿Ve estas medias? Pues nos las ha regalado ella.

PETRA. ¡Tú te callas, charlatana de mierda!

SOFI. Pero hija, ¿por qué no decirlo? Y las bragas también, ¿ve? ¡Y son de precio...!

PETRA. (*Muy en dama.*) Cierto que nosotras, a cambio, hemos prometido darle algunas lecciones de cultura general.

SOFI. De la nuestra, se entiende. (*Se palmotea los muslos.*) ¡En inglés, catalán y castellano! Como nunca se sabe...

PETRA. (*Descarada.*) Al grano: usted no es partidaria de la boda

entre la Isabelita y el duque... ¿Voy bien? Oiga... ¿Es que ni siquiera va a preguntarnos por qué estamos tan seguras, a pesar de que él no ha dicho ni mú sobre el bodorrio? Más aún: se ve que él siente lástima por ella... ¡Pero de ahí a quererla...!

SOFI. ¡Joder! ¡Caray! ¡Buenos son los hombres a la hora de redimirla a una! Pican la gusana y... adiós, chula! ¡Seis me han dejado ya a mí con el trusó puesto!

PETRA. (*Cortante.*) ¡Al grano! (*A SOFI.*) ¿Le contamos primero lo del accidente o lo otro?

ESTHER. ¿Qué accidente?

PETRA. ¡Venga! ¡Escúpeselo, nena!

SOFI. ¿El qué?

PETRA. Pues lo del Toñón, la primera noche que pasamos aquí.

SOFI. ¿Lo que me hizo?

PETRA. No. Lo que te contó después de hacértelo. Lo del coche del duque, que entonces nos reímos, pero juntado a lo de antes en la cuadra...

ESTHER. Están fabricando una montaña de un grano de arena. Miguel vino aquí. Les conoció. Se va. Hasta nunca. Quizá al irse les haga algún regalito. Por ejemplo, a Isabelita, como se cree un ángel, pues... con un vestido y unas alitas...

SOFI. (*Despendolada.*) ¡Y unas braguitas...!

PETRA. ¡Y dale!

SOFI. ¡Y polvos de talco...! (*ESTHER sale.*)

PETRA. (*A gritos.*) ¡Y pañales! ¡Y biberoncetes! ¡Y un detente para el mal de ojo...!

SOFI. (*Lo mismo.*) ¡Y loción, para las escoceduras del culito...!
(*Entra DOÑA CONCHA. Trae su peineta, mantilla y un clavel.*)

PETRA. ¡Vamos: un trusó completo para la criatura!

SOFI. ¡Que sí! ¡Y a todo plan!

PETRA. ¡Con las armas de la casa ducal bordadas hasta en la cruz de los leotardos!

SOFI. ¡Que para eso el duque es el padre de la criatura!

DOÑA CONCHA. (*Rabiosa.*) Pero... ¿qué estáis diciendo, cabronas?

SOFI. Lo que oye: que Isabelita está tan tachín (*Gesto de embarazo.*) del duque, que servidora no sabrá escribir a máquina, pero yo, a una embarazada... ¡se lo saco por los ojos!

PETRA. Por «la expresión de la mirada», ¡bruta! ¡Refínate, que vamos a entrar en el gran mundo!

DOÑA CONCHA. ¡Largo de aquí, so pinguinas! ¡Que esa teta la ordeña la hija de mi madre y nadie más!

SOFI. ¡Ehhh...! ¡Sin avasallaaar...!

DOÑA CONCHA. ¡Venga! (*Las empuja hacia el balcón y lo abre.*) ¡Al balcón! ¡A anunciarse! ¡A enseñar la gusana, que si no no pican...!

PETRA. De acuerdo. Pero quiero que me dejen la habitación libre ahora mismo, que en cuanto acabe la corrida, yo bajo al callejón, cargo y subo a despachar.

DOÑA CONCHA. ¡Ja! ¡Esta vez, las dos vais arriba, al pajar, y gracias; ¡Seguidme! (*Las saca a empujones.*)

SOFI. ¿A ejercer en un pajar, servidora? ¿A que le armamos todavía una huelga de piernas cerradas? (*Salen las tres.*)

ISABELITA. (*Que ha entrado con MIGUEL. Riendo.*) ¡De veras que sí, Miguel! Yo no caminaba, y ya sabía volar. Me viene de familia. Vamos... que mi padre y mi madre se conocieron así.

MIGUEL. ¿Con alas?

ISABELITA. Que sí. (*MIGUEL ríe.*) De veras.

MIGUEL. Pero... ¿dónde?

ISABELITA. En un paso de Semana Santa. Digo... no: en una cabalgata de moros y cristianos. Mi madre iba con unas alas de tul con aro de metal, en una carroza. Así. Y detrás mi padre a caballo, haciendo de «Santiago y Cierra España». ¿Es que no has visto nunca cabalgatas de ésas?

MIGUEL. Sí, con gigantes y cabezudos.

ISABELITA. Sí. Esas en que los gigantes y gigantes van así: ¡pum!, ¡pum!, bamboleándose como torres de iglesia, con un tío dentro aguantándoles con un palo.

MIGUEL. Sí, sí... los he visto.

ISABELITA. Y los cabezudos ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, pegando vejigazos: ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!

MIGUEL. Y todos te tiran serpentinas

ISABELITA. Eso. Y garbanzos.

MIGUEL. ¿Garbanzos?

ISABELITA. Sí, hombre... (*Tira uno, dos, tres, que estallan.*)

MIGUEL. ¡No! ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...! Pero ¿qué es esto?

ISABELITA. Pues... ¡eso! ¡Garbanzos! Al menos, aquí nosotros los llamamos así.

MIGUEL. ¡Ah... ya!

ISABELITA. Total, a lo que estábamos. Mi madre iba muy tiesa en su carroza, con sus alas de querube, así... Y de pronto, ¡zas! (*Lo hace.*) ¡Mi padre que le tira un garbanzo a los pies!

MIGUEL. ¿Y tu madre qué hizo?

ISABELITA. Lo primero, dar un respingo que se le abollaron las alas contra la carroza. Y se volvió... ¡como una fiera! Pero entonces vio

a mi padre, ay..., sobre su caballo blanco, ay..., con su capa blanca, y su escudo, y su alfanje, y su casco, como un rey, ay..., y aquella boca diciéndole: «Queruba, guapa...» Ella se quedó... ¡lela!

MIGUEL. ¿Por qué?

ISABELITA. Por lo guapísimo y fortachón que era mi padre. Y claro, en vez de... ya te imaginas, pues... le soltó: «No seas malo, Matamoros. No me tires garbanzos. Ay... por poco me caigo.» Y él: «¡Tírate! ¡Vamos, vuela, que yo te recojo en el aire, guapa...!» Mi madre, ay..., se quedó que las alas le hacían tristrís de la emoción... Y eso que a ella le sobraban pretendientes, ¡porque era de no creérselo!

MIGUEL. ¿De guapa?

ISABELITA. Pues... no. Pero... ¡tenía un algo! ¿Cómo decirte? Un algo...

MIGUEL. Ya... Como tú.

ISABELITA. ¿Yo tengo «un algo»?

MIGUEL. Para mí, sí.

ISABELITA. ¡Uyyy...! ¡Me he puesto colorada! ¡Qué horror!

MIGUEL. ¿De veras?

ISABELITA. Bueno, bueno... Pero es que ella, además de un algo y de las alas, pues tenía de aquí, y de aquí... que era de no creérselo. Así que, claro, se dijo: «Este Santiago y cierra para mí, para mí, para mí...» Y entonces le dijo: «¿A que te pego un serpentín?» Y... ¡zas!

MIGUEL. ¿Qué?

ISABELITA. Que se lo dio. Y otro. Y otro. En un momento, hubo entre ella y él como un arco iris de serpentinas de colores, mientras venga de palique: «Yo, es la primera vez que salgo de querube.» Y él, acercando el caballo y el todo: «Pero ¿qué dices, reina de mi

corazón? Tú, querubina desde que naciste» Y ¡zas! ¡Garbanzo que te crió! Y ella: «Pues toma serpentina...» Total, que garbanzo va y serpentina viene... acabaron en mí. Por eso me gusta tanto a mí vestirme de ángel.

MIGUEL. ¿Sí?

ISABELITA. Horrores. Y siempre que lo hago me digo: «A lo mejor este año me encontraré yo también con mi matamoros». Y así me paso el año soñando con la fiesta de San Tecló. Me pongo las alas y... ¡Ay... Miguel, soy tan feliz!

MIGUEL. ¿De veras eres feliz?

ISABELITA. (*Intensa.*) ¡Sí, sí, sí! (*Se sienta en sus rodillas.*) Por primera vez en mi vida... ¡soy feliz! Más aún: soy otra. (*Le abraza.*) ¡He aprendido tantas cosas a tu lado! De todo. Hasta historia. Por ejemplo, yo había oído decir que una tal Isabel la Católica venía a veces con su marido por este pueblo, hace mucho, mucho tiempo, a pasar los fines de semana.

DOÑA CONCHA. (*Entrando.*) Y es verdad.

ISABELITA. Pero no sabía quién era ella, ni su marido. Ni lo que significaban. Nadie me lo había dicho nunca.

DOÑA CONCHA. ¡Qué mastuerza! ¿Y crees que ahora lo sabes?

ISABELITA. Sí ¡Sí! ¡Y sé aún más cosas! (*Muy ufana.*) Y aquí donde me ve usted, Doña Concha, yo soy como ella. Más que ella.

DOÑA CONCHA. ¡No digas tonterías!

ISABELITA. ¿Verdad que sí, Miguel? ¡Tú me lo dijiste el otro día!

MIGUEL. ¿Te dije... qué?

ISABELITA. Lo recuerdo muy bien, Miguel. Me dijiste que la Isabel ésa fue una mujer importantísima, porque antes de ella este país nuestro... que yo no sabía que era también mío, ni siquiera cómo se llamaba, estaba dividido. Pero ella, que era reina de un cacho,

se casó con el rey del otro cacho, que se llamaba como tu segundo nombre, Fernando, y que... ¡así nació España!

DOÑA CONCHA. ¿Y eso qué tiene que ver contigo, que eres tonta del culo, guapa?

ISABELITA. Ya no tan tonta... Y cada día lo seré menos. Y tiene mucho que ver, ¿verdad, Miguel?

MIGUEL. Sí, pero creo que no me entendiste bien...

ISABELITA. Sí. Dijiste algo como... no sé... que si de la misma manera que un día, de casarse aquellos dos tan poderosos nació este país, quizá otro día uno de los poderosos, como tú, se case con una débil y pobre como yo, y entonces...

DOÑA CONCHA. ¡Es tonta de pichote! ¡Ése es el cuento de la Cenicienta, so bobona...!

ISABELITA. También ése me lo contó Miguel la misma tarde.
(*Palmotea.*)

DOÑA CONCHA. Sí, hija. Pero una cosa son los cuentos de hadas y otra la historia, guapa. Y tú lo has mezclado todo, y eso no puede ser.

ISABELITA. ¿Por qué? ¡Si a mí me está ocurriendo eso: el cuento de la Cenicienta! Yo estaba sirviendo aquí a usted, mi madrastra...

DONA CONCHA. ¿Quéee...?

ISABELITA. Sí. Y Sofí y Petra eran mis dos hermanastras. Y de pronto, ¡cataplum!: llega el príncipe. Tú, Miguel. Y me dice: «Te quiero. Ven. Serás la reina de mi corazón.» Y yo voy y me convierto en «Isabelita la de las dos Españas».

DOÑA CONCHA. ¡Anda, lirio! Ve al bar a preparar los bocadillos. Y baja el toldo.

ISABELITA. Enseguida vuelvo, Miguel. (*Inicia el mutis.*)

MIGUEL. (*Viendo la maleta sobre la cama.*) ¿Es que me echa de su

pueblo, Doña Concha?

ISABELITA. ¿Te vas?

DOÑA CONCHA. ¡Al contrario! No pienso dejar que se vaya, aunque quiera. (A ISABELITA.) Vete, guapa, a hacer lo que te mandé. (Sale ISABELITA.)

MIGUEL. Pero entonces, ¿quién ha estado haciendo mi maleta?

ESTHER. (Entrando.) ¡Yo!

MIGUEL. ¡Esther! ¿Otra vez?

DOÑA CONCHA. ¡Ay, qué cabeza la mía! Debí haberle dicho...

MIGUEL. Es igual. (A ESTHER.) Escucha, ya te dije las dos veces anteriores que...

ESTHER. En esta ocasión te vienes conmigo. (Le da un sobre.) Es de mi padre.

DOÑA CONCHA. ¡Vaya! Todos somos a untarle, ¿eh? ¡Si ya sabía yo que era usted un pez gordísimo! Oiga, hablando en plata, ¿no me podría conseguir un buen enchufe? De lo que sea. Pero en... Madrid, que es donde está el negocio.

MIGUEL. ¿Es que no tiene bastante con este pueblo?

DOÑA CONCHA. Sí. Y no. Esto rinde, sí. Y es seguro. Pero... ¡sin más amplios horizontes!

MIGUEL. ¡Quién pudiera decir lo mismo! Que esto suyo será poco, pero... ¡son zapatos para toda la vida! Y no aquella inquietud, aquel acostarse uno en el puesto, y despertar con el sucesor durmiendo al lado. La política tiene también su cruz, además de sus caras.

DOÑA CONCHA. ¡Y me lo va a decir a mí! ¡Hay mucho alcahuete! En cualquier caso, usted (A ESTHER.) no se me vaya esta vez sin echar una parrafada conmigo sobre algo muy grave y muy urgente. (Sale.)

MIGUEL. Gracias, Esther.

ESTHER. ¿Gracias? ¿Por qué?

MIGUEL. Por tu serenidad. Y por saber llevarles la corriente.

ESTHER. (*Estalla.*) ¿La corriente? ¡Es a mí a quien lleva la corriente!
¡A mí a quien va a ahogar! No vas a leer la carta.

MIGUEL. No.

ESTHER. ¿Tienes miedo?

MIGUEL. Sí.

ESTHER. Quiere llegar a un acuerdo contigo. Te está esperando un puesto, más importante aún que el que tenías.

MIGUEL. Desde que sé lo que se apuesta en ese juego, no me interesan las barajas. Esther... (*La abraza.*) Cuando te conocí, me deslumbraste...

ESTHER. Entonces tú no eras nada.

MIGUEL. Un abogado de tercera.

ESTHER. ¡De quinta!

MIGUEL. Te conocí y... Fue como un deslumbramiento: tu belleza...

ESTHER. (*Niega con la cabeza.*) ¡Mi posición! O, para ser más exactos, la de mi padre...

MIGUEL. De acuerdo. Bien. Gracias a mi boda contigo subí y subí como un meteoro. Sí. Habéis hecho de mí, entre todo el clan, algo que parece grande y noble. Con el tiempo, quizá incluso... como una especie de gloria nacional. Pero mírame, Esther, y compréndeme: yo... soy de pueblo. De un pueblo como éste.... Un poco más grande, pero pueblo.

ESTHER. Han bastado dos meses para resucitar al muerto de hambre que aún llevabas dentro... ¡El que eras cuando te conocí! (*Enfrentándole, profunda.*) Sabía que no me querías ya... Sabía,

incluso, que me odiabas, sí. Pero nunca creí que tanto como para hacerme esto. ¡A mí! ¡A toda mi familia!

MIGUEL. Al clan. A todo tu clan, querrás decir...

ESTHER. ¡Bien que te has aprovechado de ellos durante todos estos años! ¡Qué bien te conoció mi padre! Desde que te vio me dijo: «Si tanto te gusta, cástate con él, pero ése... (A fondo.) ¡no es de los nuestros, ni nunca lo será! Ese... a la primera señal de peligro, huye como un cobarde.» Y acertó. Te escondes aquí. ¡Y encima, ese insensato idilio con la tonta del pueblo!

MIGUEL. Y a ti... ¿te importa?

ESTHER. Mucho. Por tantas cosas... Pero sobre todo, Miguel, porque te quiero.

MIGUEL. Eso es mentira. Tú no me quieres.

ESTHER. Es igual. (Desesperada.) ¡Eres mío, y no te suelto! ¡Aunque tenga que matar a esa imbécil con mis propias manos, que pueden convertirse en garras! ¡Y yo no amenazo en balde!

MIGUEL. No te atrevas a tocarla.

ESTHER. (Definitiva.) Miguel: te conozco como la palma de mi mano. Eres frío, calculador. Viniste a mí... ¡a tiro hecho! Te gusta la buena mesa. Te gustan las buenas hembras. No te hagas el idealista, el protector del pueblo. Yo te conozco. Y te quiero. Como eres.

MIGUEL. Yo también te conozco. Y no te quiero como eres. Ya no. Adiós.

ESTHER. Te advierto que esta vez voy a luchar con uñas y dientes. (MIGUEL sale por la puerta.) ¡No digas luego que no te lo advertí! (Va a la cama y sigue arreglando la maleta.)

DOÑA CONCHA. (Entrando por el balcón, con el San Tecló.) ¡Gracias, Tecló, mi vida, pocholón! (Besa la campana de cristal.) ¡Ay, los tengo en el saco! ¡Y gracias a ti! ¡Si esto no es un

milagro...! ¡Qué idea tan genial! Menudo momio me has traído. Como sepa agarrarme a este pezón, tengo chupe, y en grande, para toda la vida. ¡Qué bendición! (*Mística, alza los brazos al cielo.*) ¡Laus Deo...! (*Ve a ESTHER, que se presenta ante ella.*) ¡Ay! Qué a tiempo... Ya le dije antes que quería hablar con usted. ¿Se imagina de qué?

ESTHER. No tengo tiempo para perder. Me voy.

DOÑA CONCHA. ¡Y yo con usted! Ya tengo listas mis maletas.

ESTHER. Pero ¿qué dice?

DOÑA CONCHA. Que quiero que me lleven con ustedes. ¡Pero a todo plan! Quiero que me consigan un puesto de esos de sólo ir a cobrar. O me montan un chanchullo de lo que sea. Pero que dé para vivir y lucir. Vamos, que no sólo quiero comer a triscapellejo, sino entrar en el juego del poder en grande. Me montáis un tinglado a base, y... ya sabéis.

ESTHER. Pero ¿de qué está usted hablando?

DOÑA CONCHA. Mujer: no olvide que mi hermano, aunque hace muchísimos años que falta del pueblo, se dedica a la política... Y no quiere que me mueva de aquí. Vamos... que me ha dejado en plan perro de presa. Pero yo quiero figurar, ir y venir... Ya sabe: banquetes, fiestas, y eso... (*Despendolada.*) O si no... me voy del pico, y...

ESTHER. A propósito de pico, he hecho averiguaciones sobre usted, y hay cierto asunto... ¿Cuántos años hace exactamente que murió su hermano?

DOÑA CONCHA. (*Alelada.*) ¿Y usted cómo se enteró? ¡Ay, por Dios, no diga nada! ¡Ay... con la rabia que me tienen y el dinero que me deben, si se entera la gente del pueblo que estoy sin agarraderas, me... me escachifollan viva! En fin... estoy segura de que llegaremos a un acuerdo.

ESTHER. ¿Acuerdo? Podría hacer que la metiesen en la cárcel.

DOÑA CONCHA. ¿Qué? ¿A mí? ¿En la cárcel?

ESTHER. (*Estallando.*) ¡Sí! ¡A usted!

DOÑA CONCHA. Pues entonces vamos a ir todos juntos. (*Va al balcón.*) ¡Eh! ¡Venid aquí, vosotras!

ESTHER. Pero, ¿qué va a hacer?

DOÑA CONCHA. ¡Dar un golpe de Estado, guapa, que a mí no me faltan recursos, hijita! Ya lo verá: de rodillas ante mí voy a verla, besándome las manos mientras me suplica que lleguemos a un acuerdo. Y llegaremos. (*Cierra el balcón.*)

PETRA. (*Entrando con SOFI, por la puerta.*) Bueno, ¿qué pasa?

DOÑA CONCHA. Decidle lo que estabais hablando antes, cuando yo llegué.

PETRA. ¿Lo de...?

SOFI. ¿Lo de qué? (*Gesto.*) ¿Tarará que te vi...?

DOÑA CONCHA. Sí.

PETRA. Pues eso: ¡que Isabelita está embarazada del duque!

ESTHER. ¿Quéee...?

SOFI. (*Grita.*) ¡Que Isabelita está preñada! ¡Y su hermano es el padre del futuro infante! O infanta. (*ESTHER ríe.*) Ay, pues... ha tomado muy bien. Y eso que lleva más cuernos que un quintal de caracoles. (*Gestos.*)

ESTHER. Sé muy bien que eso es imposible.

PETRA. ¡Por ésta que es verdad! Y si no... ¡que ésta se caiga muerta ahí mismo!

SOFI. ¡Ay, no! Mejor tu madre: que no te salga del paralís, por si un acaso.

PETRA. Que conste que nosotras les queremos a los dos... ¡más que a mi alma! Porque ya sabrá que su hermano nos retira, y encima, nos enchufa. Recomendadas por ella.

SOFI. Sí, sí. Y quién sabe si a la mamá de ésta le dan un estanco y todo. ¡Figúrese qué descanso! Yo voy a pedir una butique en cuanto Isabelita y el duque se himeneen.

PETRA. (*Envidiosona.*) ¡Pero esa Isabelita...! ¿Qué tendrá la tía? Que las hay que nacen fetos, y crecen, y que pierden... ¡Y se casa! ¡Y una aquí...!

SOFI. ¡Y una...!

PETRA. Tú, es distinto, que eres tonta.

SOFI. ¿Y la Isabelita no? Pues hija, yo, a su lado, ingeniera. Y además, yo, tonta... depende para qué, jolín, que a mí en la cama nadie me ha preguntado la tabla de multiplicar. Al contrario. Recuerdo un viejo con barbas, que luego resultó ser rector de una universidad laboral

PETRA. (*Aúlla.*) ¡Sí, además de tonta, tienes la suerte del enano! ¡Vamos, que salir con bragas limpias a la calle y cargar con un rector de universidad...!

SOFI. Pues mira, hoy hace precisamente un año de lo del de las barbas.

ESTHER. Vosotras... ¡fuera de aquí! Y usted, tráigame ahora mismo a esa idiota.

PETRA. ¿Cuál? (*Salen DOÑA CONCHA, PETRA y SOFI, y entra MIGUEL.*)

ESTHER. Isabelita está embarazada.

MIGUEL. ¿Qué?

ESTHER. Pero no se trata de eso. Sino que por culpa de tu intimidad con ella has dado pie a que esas mujeres digan cosas. Y quizá, si

nos descuidamos, todo el pueblo las dirá.

MIGUEL. ¿Dirá qué?

ESTHER. Que el hijo que espera esa idiota es tuyo.

MIGUEL. ¿Te has vuelto loca?

ESTHER. ¡Por supuesto que yo no lo he creído! Pero, según parece, todo el pueblo lo da por seguro. Es suficiente para destruirte.
(*Entran DOÑA CONCHA e ISABELITA. Con intensidad, a ISABELITA.*) ¡Dime! ¿Es verdad eso? ¡Responde!

ISABELITA. ¿Que si es verdad, qué?

MIGUEL. (*En tensión.*) ¡Que estás... embarazada!

ISABELITA. (*Desconcertada.*) ¿Yo...? (*A MIGUEL.*) Oh, ¿qué... qué debo decir?

MIGUEL. La verdad.

ISABELITA. Pero Miguel...

ESTHER. (*Grita.*) ¡Sin «peros»! ¡Responde!

ISABELITA. ¿Debo?

MIGUEL. Responde y di la verdad.

ISABELITA. (*Feliz.*) Pues... sí, sí. ¡Estoy esperando un hijo!

ESTHER. ¿Y de quién? ¿Eh? ¿Quién es el padre?

ISABELITA. Pues... ¿Puedo... decirlo, Miguel?

MIGUEL. Claro.

ESTHER. ¡Vamos, dílo!

ISABELITA. Que no me lo pregunte ella... Ella no...

MIGUEL. Está bien. ¿Y yo? ¿Me dirás a mí quién es el padre del hijo que estás esperando?

ISABELITA. (*Atónita.*) Pero... Miguel... ¿Cómo... cómo puedes tú

preguntarme eso? ¿Es que... dudas de mí?

MIGUEL. Pero... ¿a qué te refieres? ¿Por qué iba yo a dudar de ti? No te comprendo.

ISABELITA. Yo te quiero, Miguel... No... no te engañaría con otro ni... ¡ni por todo el oro del mundo! ¡Ni por...!

MIGUEL. Pero ¿qué estás diciendo? ¡Tú no sabes lo que estás insinuando, Isabelita! Tú...

ISABELITA. No. Yo no insinúo. Yo... ¡te juro, Miguel, que tú eres el padre de mi hijo!

MIGUEL. Por favor, Isabelita... No... ¡no juegues con estas cosas!

ISABELITA. ¿Es que dudas de mi palabra? ¿Te he mentido alguna vez, Miguel?

MIGUEL. No, pero... ¡esto no es posible, Isabelita! Tú y yo no... ya me entiendes.

ISABELITA. Sí, Miguel, sí. La primera noche que llegaste... Yo comprendo que es muy duro para ti tener que hablar de esto delante de tu mujer. Yo no quería decir nada. ¡Eres tu quién me ha obligado a decirlo! ¡Tú...!

MIGUEL. Pero... ¡eso no es verdad! ¡Mientes! Di que no es verdad.

ISABELITA. Diré lo que tú quieras que diga... (*Llora.*)

MIGUEL. (*Cambio.*) ¡Cálmate, cálmate!

ESTHER. Te creía capaz de todo. Pero te juro que de esto, no. (*MIGUEL ha tomado a ISABELITA en brazos.*) ¿Qué haces?

MIGUEL. Está otra vez al borde de una de sus crisis. (*La lleva hacia la cama.*)

ESTHER. No nos queda más que una solución: huir. O te habrás hundido para toda la vida.

ISABELITA. (*Revolcándose en la cama.*) ¡Déjame...! ¡Vete...!

MIGUEL. Nunca te dejaré, lo sabes muy bien. (A ESTHER.) Ve a buscar un médico.

ESTHER. ¡Ojalá se muera! (Sale MIGUEL.)

DOÑA CONCHA. Yo puedo sacarle a usted de este asunto.

ESTHER. Lo que quiero saber es la verdad de lo ocurrido.

DOÑA CONCHA. De eso se trata, precisamente.

ISABELITA. (En su mundo.) ¡Miguel...!

ESTHER. Le creo más a ella que a usted. Y a cualquier tribunal. Ella dice la verdad.

ISABELITA. (Siempre en su mundo.) Te quiero...

DOÑA CONCHA. Cree que dice la verdad. Pero yo sé lo que ocurrió realmente, puesto que yo lo organicé todo. Escuche... ¿cuánto? (Gesto de dinero.)

ESTHER. Pagaré lo que sea. Pero ha de ser ella, ¡ella! quien lo diga.

ISABELITA. (Medio inconsciente.) Esas campanas...

DOÑA CONCHA. De acuerdo. Que no lo sepa Miguel, ¿eh? Yo la obligaré a recordar y confesarlo todo.

ESTHER. Confesar... ¿qué?

DOÑA CONCHA. No ocurrió la primera noche, sino unas dos semanas después. Durante ese tiempo no se separaron.

ISABELITA. (Delirando.) ¡No las oigas, Miguel! ¡Esas campanas...! ¡Nooo...!

DOÑA CONCHA. Todo el pueblo les había visto juntos. Y yo me dije: «Está claro que éste tiene dinero. Y que, más tarde o más temprano, los suyos vendrán por él». Y no me equivoqué.

ISABELITA. (Volteando con violencia la cabeza en la almohada.) ¡Quítamelos de encima, Miguel! ¡Y haz que paren esas campanas! ¡Me estallan dentro de la cabeza! ¡Me estallan...! ¡Esas campa-

nas...!

DOÑA CONCHA. ¿Son las campanas de la ermita de San Tecló?
¿Eh? ¡Di!

ISABELITA. ¡Sí! ¡Sí! ¡Síii...!

DOÑA CONCHA. ¿Por qué has ido de noche a tocarlas? ¿Eh?
¡Responde!

ISABELITA. No lo sé... No lo sé...

DOÑA CONCHA. ¡Sí! ¡Lo sabes! (*La zarandea.*) ¡Alguien te mandó
ir a tocarlas al monte, de noche, sola! ¿Quién?

ISABELITA. ¡Us...ted...!

DOÑA CONCHA. Sí. Y ahora me dirás exactamente qué ocurrió
aquella noche, allá en el monte, en la ermita de San Tecló.

ISABELITA. No lo recuerdo... No puedo...

DOÑA CONCHA. ¡Sí puedes! ¡Inténtalo! ¿Qué ocurrió?

ISABELITA. ¡Ahhh...! ¡Esas campanas! ¡Que se detengan...! ¡No
quiero seguir tocándolas!

DOÑA CONCHA. Pero si tú no las tocaste...

ISABELITA. Sí, sí, sí...

DOÑA CONCHA. Tú no. No. Ellos... (*Las campanas se oyen cada
vez más fuertes.*) ¡Ellos fueron quienes las tocaron! ¡Ellos!

ISABELITA. ¡No, no, nooo...!

DOÑA CONCHA. ¡Sí! ¡Para que no se oyeran tus gritos! Yo les
había mandado allí a esperarte... ¡Ellos... !

ISABELITA. Ellos... ¿qué?

DOÑA CONCHA. De sobra lo sabes.

ISABELITA. ¡No! ¡Lo juro! ¡No! ¡No lo recuerdo! ¡No recuerdo
nada!

DOÑA CONCHA. Yo te obligaré a recordar. Cuando llegaste, creíste que no había nadie en la ermita...

ISABELITA. Sí, no había nadie...

DOÑA CONCHA. Pero, de pronto, al llegar al tercer descansillo de la torre, arriba, sobre tu cabeza, comenzaron a sonar las campanas.

ISABELITA. (*Grita.*) ¡Ahhh...! ¡Bastaa....! ¡Esas campanas...! (*Se revuelca.*) ¡Parad esas campanas! ¡No, Toñón! (*ESTHER ríe.*) ¡No! ¡Y vosotros, todos los demás, dejadme! ¡Os lo suplico! ¡Yo le quiero a él...! ¡A éeel...! (*Las campanas suenan y suenan alucinadamente. ESTHER sigue riendo.*) ¡Nooo! ¡No me toquéis! Ya... ¡no! ¡Y nunca más! ¡Ya no soy la que era! ¡Soy otra! ¡Soy... Isabel de las dos Españaaas...! ¡Miguel...! ¡Defiéndeme, Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel...!

(*OSCURO.*)

SEGUNDO CUADRO

(*Al encenderse las luces, están en escena PETRA y SOFI.*)

SOFI. «Oiga, usted, ¿cuánto va a darnos a cada una por 'un aquí no ha pasado nada'? Y nada de dinero, ¿eh! ¡Un buen puesto, nena!».

PETRA. ¡No! «Nena» no. ¡Para el caños! Otra vez, que tú eres retardada. A ver. A ver, otra vez. Yo soy la ministra, o lo que sea. ¡Empieza!

SOFI. «¿Cuánto va a darnos a cada una por decir que 'aquí no ha pasado nada', oiga?»». ¿Eh? Sobre el duque, ni una palabra. ¡Pero nada de dinero, eh! Nada en efectivo. ¡Un buen negocio, como exportación de camellos para el desierto!!

PETRA. «De camiones para Venezuela» ¡Eres tonta del ocho!

DOÑA CONCHA. (*Entrando.*) ¡Camellos! (*Ríe.*) ¿Conque ensayando el desplume, eh...?

PETRA. ¡Si es que usted les ha dejado algo! ¡Que les ha debido pelar ya como a dos pollos! ¡Hasta los cañones...!

SOFI. ¿De camiones para dónde?

DOÑA CONCHA. Lo que a mí me han dado no sabríaís manejarlo vosotras. (*Llama.*) ¡Isabelitaaa...! Me voy a..., bueno, a Madrid.

PETRA. ¿Con ellos?

DOÑA CONCHA. No. Ellos se van ahora mismo. (*Entra ISABELITA.*) Yo me quedaré un poco, que tengo que firmar el traspaso del bar. (*No ha visto a ISABELITA. Llama.*) ¡Isabelita...!

ISABELITA. (*A su espalda. Aúlla.*) ¡Quéee...!

DOÑA CONCHA. (*Respingando.*) ¡Ay! ¡No me grites, cabrona! Coge la burra y vete al pueblo de al lado, y le dices a la Gerarda, la santera, que venga a tomar posesión, que yo me voy. (*ISABELITA va a salir.*) ¡Espera! Y tú no vuelvas. Se lo dices, y te quedas en el pueblo de al lado hasta mañana. ¿Me has entendido?

ISABELITA. Sí. Pero ¿por qué debo quedarme allí?

DOÑA CONCHA. Tú obedece y calla, que ya has cumplido tu misión, idiota.

ISABELITA. (*Se vuelve.*) No voy. Iré mañana. Hoy... no. Ahora no. (*Se sienta en el suelo.*)

DOÑA CONCHA. ¿Por qué? ¿Le habéis dicho algo vosotras?

SOFI. Servidora, ni mú.

PETRA. A mí no me mire, pues no soy de la secreta que digamos.

DOÑA CONCHA. ¿Y por qué no quieres ir ahora, vamos a ver?

ISABELITA. Por la tormenta.

SOFI. ¿Qué tormenta?

ISABELITA. La que va a estallar.

PETRA. Pero... ¡si está el cielo preciosísimo!

SOFI. ¡Se ven hasta las estrellas...!

DOÑA CONCHA. Ésta es como los perros y las gallinas. Si ella dice que va a haber tormenta, ya podéis coger el paraguas, así haga un sol que derrita el alquitrán. (A ISABELITA.) Pero tú vas ahora mismo donde te he mandado, así se avecine un diluvio, ¿me has oído? (Sale.)

ISABELITA. No quiero ir y no voy. Se acabó. Porque va a nevar.

SOFI. ¿Es que tienes miedo a los truenos Isabelita?

ISABELITA. Miedo, no. Lo que me dan es asco.

PETRA. En esta época no puede nevar. Hace falta que el agua se congele y... ¿por qué te crees tú que nieva hija mía? ¿Por qué?

ISABELITA. (Natural.) Nieva cuando se muere un ángel.

PETRA. Ya. O sea que los ángeles... se mueren como las personas. Pero con una particularidad: que los ángeles se mueren sólo en invierno. Porque sólo nieva en invierno.

SOFI. Sí, hija, que nevar en esta época, ¿cuándo se ha visto?

ISABELITA. Pues no sé por qué te extraña que los ángeles nos muramos en invierno. Como vamos sólo con esas túnicas de seda, sin bajos, y con las alas al aire, pues... ¡cogemos cada pulmoníaaa...! En esta época sólo nieva cuando algún ángel se suicida. Y como eso es rarísimo, ocurre una vez cada mil años.

PETRA. Pero, ¡qué chota! ¿Cómo puede suicidarse un ángel?

DOÑA CONCHA. (De afuera.) Te advierto, Isabelita, que como aún estés ahí cuando yo entre, ¡te arrastro!

ISABELITA. Adiós. (Sale.)

SOFI. ¡Espera! (Va a salir.)

PETRA. ¿A dónde vas, mujer?

SOFI. Quiero preguntarle si es verdad lo que me dijo antes el Toñón, cuando le estaba yo... ejerciendo. Lo de cuando llegó el duque hace dos meses.

PETRA. ¡Ay, qué tango! ¿Aún sigues empeñada en eso?

SOFI. Es que no me dejaste terminar lo de hoy del Toñón.

PETRA. Pero, ¿cómo va a ser un ángel esa idiota? ¿Ya no te acuerdas que nos pidió que la dejáramos entrar en la profesión?

SOFI. ¿Y qué?

PETRA. Pues que si fuera un ángel, no iba a venir aquí a ver de qué iba lo nuestro. Y, menos aún, a pedirnos para entrar en nuestro oficio.

SOFI. ¿Y por qué no?

PETRA. Pues porque a los ángeles, so idiota, lo lógico es que les tengan prohibido esto nuestro.

SOFI. A nosotras también nos van a prohibir lo nuestro, ¿no? O, al menos, no nos promocionan. Y ya ves...

PETRA. ¡Ay, Sofi! Es que tú eres una comesantos, y todo lo ves por el lado que no muerde. ¿A qué iba a mandarnos Dios a nosotras un ángel? ¿A oírnos gritar: «Al colibrí, colibrí, que la tengo aquí... ¡Adelante de dos en fondo!»? ¿Y cuando estuviéramos en lo mejor de aquello con los clientes, ¡zas!, se nos aparece un ángel?

SOFI. A otras se les han aparecido ángeles, ¿no?

PETRA. ¡Porque eran santas! ¡Pero nosotras no somos de esas!

SOFI. (*Testaruda.*) ¿Y no podríamos llegar a serlo? Mira la Magdalena, sin ir más lejos. (*Entra DOÑA CONCHA.*) Y además, la Isabelita... ¡Ay..., menudo lo que me contó el Toñón!

PETRA. ¿Otra vez?

SOFI. Es que tú no me lo quisiste oír todo...

DOÑA CONCHA. (*Con gran interés.*) ¿El Toñón? ¿Y qué es lo que te ha contado a ti ese mil hombres?

PETRA. Nada, mujer. Novelerías.

DOÑA CONCHA. Pero ¿qué?

SOFI. Pues... que el día que llegó el duque, el Toñón estaba cuidando el rebaño, allá arriba en el monte, y vio como el coche del duque bajaba hacia el pueblo, ¡rrrr...! ¡rrrr...!, y de pronto, ¡zas...!

DOÑA CONCHA. ¿Qué fue «¡zas!»?

SOFI. Pues que el coche patinó y se dio un tortazo de muerte contra el muro de la ermita de San Tecló.

DOÑA CONCHA. ¿Y qué, so cataplasma? ¡Acaba!

SOFI. Pues que el Toñón bajó corriendo, corriendo, y vio el coche todo abollado, y dentro, Miguel, más muerto que el Cid Campeador.

PETRA. (*Sorprendida.*) Eso no me lo habías contado así. Sigue.

SOFI. Pues que, de pronto, a la luz de un relámpago, al Toñón le pareció ver a Isabelita que bajaba corriendo riscos abajo. El Toñón, cegado por el resplandor del relámpago, cerró los ojos... (*Misteriosa.*) Y cuando volvió a abrirlos.

DOÑA CONCHA. ¿Qué?

SOFI. Isabelita...

PETRA. ¿Qué?

SOFI. ¡Ya no estaba! ¡Visto y no visto! ¡Como si se hubiera ido volando!

PETRA. ¿No te digo? ¡Ya está otra vez! Anormal.

SOFI. Pero entonces... el Toñón oyó ruido... miró hacia el coche y vio... que Miguel alzaba la cabeza, ponía el coche en marcha de

nuevo, y ¡rrrr!, ¡rrrr!, ¡le vio bajar hasta el pueblo! El Toñón se asustó muchísimo, claro.

PETRA. ¿Por ver un coche en marcha?

SOFI. No, de haberlo visto muerto antes, y después no. Pero el Toñón se dijo: «Bueno, habré sufrido un pasmo...» Pero hoy... (*Misteriosa.*) hoy...

DOÑA CONCHA. ¡Acabarás de una vez...!

SOFI. Hoy... nos ajustamos. Él me dijo: «Yo, en la cuadra, ¡o nada!» Y fuimos. Le ejercí, y de pronto... ¡zas!

PETRA. ¡Te pegó el muy chulo!

SOFI. No. Encendió un cigarrillo, y entonces... ¡lo vio! Se le pusieron unos ojos así...

PETRA. Pero... ¿qué es lo que vio?

SOFI. ¡El coche del duque!

DOÑA CONCHA. Es verdad. Lo encerró en la cuadra con llave. No quería que nadie lo viera.

SOFI. ¡Verlo el Toñón y salir corriendo y gritando como alma que lleva el diablo fue todo uno! Y lo que dijo...

DOÑA CONCHA. Pero, ¿qué fue lo que dijo? ¡Acaba, o te retuerzo el gaznate!

SOFI. Dijo: «¡No fue un pasmo! ¡Lo del golpe contra el muro de la ermita fue verdad! ¡Yo le vi muerto! ¡Ahí está la prueba! ¡Por eso está abollado el parachoques y todo hundido el morro del coche!».

PETRA. ¡Tú sí que tienes hundido el parachoques! Pero el morro, ¡te lo voy a hundir yo! ¡Por poco se lo creo...!

DOÑA CONCHA. (*Riendo.*) ¡Qué par de patas para un banco, la Isabelita y tú! ¡Lo que hizo el Toñón fue contarte el milagro de San Tecló, ¡idiota!, sólo que cambiándole por Miguel! ¡Y lo que

quería, el muy sinvergüenza, lo logró!

SOFI. ¿Qué?

DOÑA CONCHA. (*Riendo.*) ¡Largarse sin pagarte! ¡Hala! ¡A despachar! (*Entra ESTHER. Las saca a empujones. A ESTHER.*)

Ya se la he quitado de encima. La he mandado al pueblo de al lado (*Entra MIGUEL.*)

MIGUEL. ¿De qué se trata?

ESTHER. Pasa. ¡Que pases! (*Sale y trae a ISABELITA.*) Ahí la tienes. La he encontrado escondida en el portamaletas de mi coche. Di, ¿qué pretendías? ¡Vamos, responde!

ISABELITA. Yo... ¡quiero irme con ustedes!

DOÑA CONCHA. ¿Quéee? ¡Déjenmela a mí!

MIGUEL. No. Un momento, por favor.

ESTHER. Espera. Escúchala. (*A ISABELITA.*) Repite lo que has dicho.

ISABELITA. No teman nada. Yo no pido nada, como otros... Sólo quiero irme con ustedes.

DOÑA CONCHA. ¿Con Don Miguel y Doña Esther?

ISABELITA. Sí.

DOÑA CONCHA. Pero tú estás mal. ¿No te he dicho que?

ESTHER. Cállese. Tú quieres ir con Miguel y conmigo... ¿adónde?

ISABELITA. ¡A vuestra casa!

DOÑA CONCHA. ¿Quéee...?

ISABELITA. Sí, de sirvienta. Otras han ido allí... a servir. Me admiten, ¿verdad?

ESTHER. Díselo, Miguel.

MIGUEL. Eso es imposible.

DOÑA CONCHA. Y tan imposible.

ISABELITA. ¿Por qué?

ESTHER. Primero, porque... tenemos ya el servicio que necesitamos. Pero, sobre todo...

ISABELITA. Yo no cobraré nada. Sólo por la comida... Miguel... digo, Don Miguel, ¡dígame que sí! Yo le juro que me estaré siempre calladita, en un rincón. Y les serviré fielmente. Y cuando tenga mi hijo... nuestro hijo, Miguel, (*Con infinita ternura.*) yo... diré a todos que es de un novio que tuve que era soldado. Y entonces todos dirán: «¡Ay! qué buenos son los señores de Isabelita, la de las dos Españas! La pobre, como es tonta, ha tenido un desliz, ¡y ellos la han perdonado!»

ESTHER. (*A DOÑA CONCHA.*) Vaya bajando esto, por favor.

DOÑA CONCHA. Sí. ¡Jesús, María y José! Se lo dije: que ésta, si nos descuidábamos, nos daba tralla... (*Sale con las maletas.*)

ISABELITA. Miguel, por supuesto que yo jamás le diré a nadie que es hijo tuyo, Miguel... ¡Jamás, jamás! ¡Te lo juro! Pero eso sí... cuando haya nacido, y estemos él y yo a solas en mi habitación, le pondré alitas los días que sea bueno, y le cantaré nanas muy bajito para no despertar a vuestros hijos... Por supuesto, tampoco le diré nunca a tus hijos que es su... hermano. Ni que es ángel... Eso ni a él se lo diré nunca. Bueno... sí, cuando sea mayor, sí.

ESTHER. No puede ser.

ISABELITA. Pero... ¿por qué?

ESTHER. Pues... porque tú no sabes hacer nada.

ISABELITA. Aprenderé. Y al mismo tiempo, les enseñaré muchas cosas que yo sé...

ESTHER. Por ejemplo... ¿a volar?

ISABELITA. ¡Sí! Y canciones de ronda. Y adivinanzas. Por ejemplo,

a ver si adivináis ésta: «Tiembla, y no es hoja... Quema, y no es fuego. Blanco por fuera, negro por dentro...» (A ESTHER.) ¿Qué es?

ESTHER. ¡No estoy para adivinanzas!

ISABELITA. ¿Y tú, Miguel?

MIGUEL. Pues... no lo sé.

ISABELITA. El miedo...

ESTHER. Vámonos ya, Miguel.

ISABELITA. (*Rápida.*) ¡No! (*Cambio.*) No era... No es el miedo. (A MIGUEL.) Eres... ¿tú? (*Le coge la mano.*) «Tiemblas y no eres hoja...» (*Se la besa.*) «Quemas y no eres fuego...» (*Lo acaricia. MIGUEL está pálido.*) «Blanco por fuera...» (*Pausa.*) ¿Eres «negro por dentro», Miguel? Dime que no.

MIGUEL. No. No. De veras que no.

ISABELITA. Entonces... ¿me dejas ir contigo? ¡Gracias! Voy en un vuelo por mis cosas. (*Sale.*)

ESTHER. ¡Espera...! (*Sale detrás de ella. Se topa con DOÑA CONCHA. DOÑA CONCHA vuelve a salir detrás de ISABELITA.*)

MIGUEL. Pobre chiquilla...

ESTHER. ¡No la compadezcas! Eres tú quien necesita compasión.

MIGUEL. ¿Yo?

ESTHER. Doña Concha callará. Ese par de zorras no me preocupa; saben lo que es el miedo. Pero esta imbécil, está claro, te seguirá hasta el fin del mundo. (*Sin mirarle*) Sólo nos queda una salida...

MIGUEL. ¿Cuál?

ESTHER. (*Solapada.*) Ten piedad de ella. ¿Cuál sería su vida? Si ya es terrible así, sola... ¡imagínate con un hijo! No sobreviviría ninguno de los dos.

MIGUEL. ¿Qué estás insinuando?

ESTHER. No insinúo nada. Aunque nos fuéramos sin ella, daría contigo.

MIGUEL. No estarás pensando en... su muerte.

ESTHER. Es que... es necesario hacer algo

MIGUEL. Yo la convenceré.

ESTHER. ¿De qué? ¿De que deje de amarte? ¿De que te olvide, como si fuera una mujer normal?

MIGUEL. ¡Sí!

ESTHER. Pero... ¿no ves que no es una mujer normal, que ni siquiera es un ser humano, y que te quiere? ¡Moriría como un perro sobre tumba, Miguel!

MIGUEL. Déjame al menos intentarlo.

ISABELITA. (*Entra.*) Ya estoy aquí. He dejado en el coche todo lo que tenga en el mundo: la Cloti y mis alas.

MIGUEL. (*A ESTHER.*) Déjanos solos. Un momento nada más.

ESTHER. (*Coge su bolso.*) De acuerdo. (*Sale.*)

ISABELITA. ¡Miguel...! ¿Me dejas? (*Lo abraza.*) Gracias. Es la última vez, te lo juro. Te quiero, te querré siempre. Pero nadie, te juro, lo sabrá nunca. Y te estoy tan agradecida por llevarme contigo... ¡Tanto...!

MIGUEL. Verás, Isabelita... Yo... yo... tengo algo que decirte.

ISABELITA. Y yo algo que decirte a ti, antes. (*Mira a todas partes.*) Este hijo que espero a lo mejor no es tuyo.

MIGUEL. Vaya... ¿Y por qué este cambio?

ISABELITA. ¡He tenido un sueño muy extraño! Yo tenía mucho miedo, y oía un repicar de campanas. Y algo en ese repicar me decía que quizá tú no fueras el padre de mi hijo. Por eso estoy tan

contenta. Por eso querría decir que tú no me has mentido, que no te has avergonzado de mí. *(Lo besa.)* Te quiero. *(Entra ESTHER. Ve a ISABELITA besando a MIGUEL.)*

ESTHER. ¡Asqueroso animal! *(La arrastra.)*

MIGUEL. ¡Quieta! *(ESTHER pega a ISABELITA.)* ¡Basta, Esther, basta! ¡No le pegues más! *(Las separa.)*

ISABELITA. ¡No! ¡Siga, señora, siga! ¡Sí, Miguel... digo, señor, déjela! Quiero aprender, y yo sé que el maestro pega a los niños... *(Está feliz.)* en la escuela... *(Finge quitarse la sangre de la comisura de los labios.)* ¿Ves, Mi...? ¿Ve usted, Don Miguel? *(Muestra la sangre.)* Su señora quiere también enseñarme. ¡Ya sois dos!

ESTHER. *(Llama.)* ¡Doña Concha! *(A MIGUEL.)* ¿Dispuesto?

MIGUEL. ¿A qué?

ESTHER. No has logrado nada. Estamos donde estábamos.

MIGUEL. No. Acaba de confesarme algo muy importante. Díselo tú misma, Isabelita. *(Entra DOÑA CONCHA.)*

ISABELITA. Que me parece que... que él no es el padre de mi hijo.

ESTHER. ¡Ahhh...! ¿Sólo... te parece? Entonces, ¿quién lo es?

ISABELITA. No lo sé. Es verdad. No... no lo recuerdo. *(Llora.)*

ESTHER. ¿Ves? Y ayer decía que sí. Hoy dice esto. ¿Y mañana?

DOÑA CONCHA. ¡Ay, Doña Esther...! ¿Qué va a decir, si es tonta de remate? Más aún, es... sin ton ni son. *(A ISABELITA.)* ¡Tú, te callas, lengualarga!

MIGUEL. No, hay veces que habla de una forma que... yo no me atrevería a jurar que es tan tonta.

DOÑA CONCHA. ¡Uy, Don Miguel...! ¡Serán cosas que usted le habrá enseñado y ella las repite como un loro! Un día el cura casi se muere del susto. Resulta que se murió Patucos, el del molino,

y el cura pescó a esta imbécil recitándole un responso en latín al cadáver. Que se acordaba de otra vez, explicó... Y, claro, nos preguntábamos todos: «¿A ver si no es tan tonta...?».

MIGUEL. En mala hora vine aquí.

ESTHER. Ya veo que empiezas a entrar en razón.

MIGUEL. Vámonos, Esther. Ahora mismo.

ESTHER. No.

MIGUEL. Pero... ¿no es lo que querías? Pues ya lo has conseguido. Vámonos.

ESTHER. (*Cortante.*) Nos iremos, pero después.

MIGUEL. ¿Después de qué?

ESTHER. (*Cambio. Muy dulce.*) ¿Y tus alas, Isabelita?

ISABELITA. Las dejé en el coche, ya se lo dije. A la Cloti y las alas.

ESTHER. ¿Quieres subirlas?

ISABELITA. Pues... sí, señora. (*Sale.*)

ESTHER. (*A DOÑA CONCHA.*) Ha dejado de llover. Quiero que siga el baile; quiero a todo el pueblo ahí abajo, en la plaza, bailando, ¿entendido?

DOÑA CONCHA. Usted descuide. Déjelo de mi cuenta. (*Sale.*)

ESTHER. Y ahora... a lo nuestro.

MIGUEL. ¿Y qué es lo nuestro?

ESTHER. ¿Aún no lo has adivinado?

MIGUEL. ¡Ni quiero! (*Rotundo.*) ¡Has ganado! No la llevo. Que siga su vida de perro apaleado. Vámonos.

ESTHER. No... así no. ¿O quieres que un día se nos presente en casa con su barrigón? ¿O con su hijo en brazos? ¿Y diciendo que es tuyo?

MIGUEL. Pero... ya has oído lo que ella ha dicho...

ESTHER. (*Irónica.*) Lo que ella ha dicho... Ella es como el viento, que tiene el sonido de la piedra o el metal contra el que tropieza. Y suena a cada hora y lugar de modo diferente.

MIGUEL. Pero Esther... Aunque ella lo dijera, nadie la creería.

ESTHER. ¡Naturalmente que no! Pero la utilizarían. Nosotros hemos hundido a mucha gente, ¿o has perdido la memoria?, y no faltaría quien, aun sin creerlo, tirara del hilo hasta llegar al ovillo...

MIGUEL. ¿Qué ovillo?

ESTHER. Este pueblo, por cuyas calles te has paseado con ella.

MIGUEL. ¿Y eso qué tiene que ver?

ESTHER. Escúchame, y esto es definitivo: no podemos perder más tiempo. Tienes la carta de mi padre. Es el poder de nuevo. Dentro de una semana recordarás todo esto como una pesadilla. Eso es lo que ha sido. Basta con no dejar rastros al irse.

MIGUEL. Pero... ¿cómo?

ESTHER. Déjame a mí. Pero debes estar presente; debes ser mi cómplice.

MIGUEL. ¿Qué vas a hacer?

ESTHER. Ya lo verás.

MIGUEL. ¿Vas a... matarla?

ESTHER. ¿Yo? ¡Tú estás loco!

MIGUEL. ¡Pero te gustaría! ¡Confíesalo! ¡Hacerlo con tus propias manos...!

ESTHER. Pero... ¡Miguel!

MIGUEL. ¿Tienes ya a alguien que lo haga por ti?

ESTHER. Sí. Y mejor di «por nosotros».

MIGUEL. ¿Quién? (*Cambio.*) Ya... Doña Concha.

ESTHER. No.

MIGUEL. ¿Pues quién? ¿Yo?

ESTHER. ¡Corazón de piedra! Si no es por ti... ni por mí... Es por ella misma. Por su propio bien. Ella no puede saber lo que le conviene. Pero nosotros sí.

ISABELITA. (*Entra con sus alas y la Cloti*) ¡Aquí estamos!

ESTHER. ¡Ahhh...! Ven aquí, bonita.

ISABELITA. Sí, señora... ¿Qué... desea la señora?

ESTHER. (*Muy dulce. A MIGUEL.*) Cierra la puerta. (*Cambio.*)
¡Que cierres!

ISABELITA. Ya voy

ESTHER. ¡Tú no! ¡Él! (*MIGUEL cierra.*) Ven aquí. El... el señor tiene que decirte algo.

ISABELITA. Pues yo... a las órdenes del señor.

ESTHER. Siéntate.

ISABELITA. Sí, se... (*Se va a sentar.*) ¡Oh, no, señora, no!

ESTHER. Vamos, siéntate.

ISABELITA. Pero señora, no estaría bien que yo...

ESTHER. (*Grita.*) ¡Que te sientes!

ISABELITA. (*Asustada.*) Como... como manden los señores.

ESTHER. ¿Tú sabes por qué ha ocurrido... lo que ha ocurrido entre tú y Miguel?

ISABELITA. No entiendo... ¿A qué se refiere la señora?

ESTHER. (*Después de una pausa.*) ¿Sabes por qué él te ama?

ISABELITA. (*Se para.*) Pero, señora, yo...

MIGUEL. (*Grita.*) ¡No sé lo que pretendes, pero no cuentes conmigo!

ESTHER. (*Estalla.*) ¡Cobarde!

ISABELITA. (*Impulsivamente.*) No, eso no. No lo es. (*Cambio.*)
Quiero decir... Perdón, pero... no discutan los señores. Por favor.

ESTHER. Volveré a hacerte la pregunta... de otro modo. Ven aquí.

ISABELITA. Sí. Diga, señora. Porque yo, lo que más deseo en este mundo es que ustedes...

ESTHER. (*Sordamente.*) ¡Tú habla cuando te lo ordene, y responde a lo que se te pregunta! ¡Siéntate!

ISABELITA. Sí, señora. (*Se sienta.*)

ESTHER. ¿Sabes por qué Miguel te ama, y él y yo te permitimos que vengas con nosotros? ¿Lo sabes?

ISABELITA. Pues... no, señora. O mejor dicho, sí: ¡porque son ustedes muy buenos!

ESTHER. No. No es por eso.

ISABELITA. Entonces... ¿por qué?

ESTHER. Porque tú eres alguien... mucho, muchísimo más importante de lo que crees...

ISABELITA. (*Ingenua, infantil.*) ¿Yo...?

ESTHER. Sí. Alguien... maravilloso, extraordinario, único... un ángel.

ISABELITA. (*Maravillada.*) ¿Yo...? ¿Un ángel?

ESTHER. Sí.

ISABELITA. ¿Usted quiere decir... un ángel de verdad?

ESTHER. Eso.

ISABELITA. ¡Ahhh... ya! (*Cambio.*) Sí, claro. (*Cambio.*) ¿De veras lo soy?

ESTHER. Díselo tú, Miguel.

MIGUEL. (*Estallando.*) Pero... ¿adónde quieres ir a parar?

ESTHER. (*Crispada.*) Lo sabes muy bien.

MIGUEL. (*Que empieza a sospecharlo. Asustado.*) ¡No!

ESTHER. ¡Déjame hacer a mí!

MIGUEL. ¡No! ¡Eso no! ¡Eso, nunca! ¡Conmigo no cuentas! (*Va a salir.*)

ISABELITA. ¡No, Miguel! (*Cortándole el camino.*) ¡No te vayas! (*Suplicante.*) Digo... no se vaya el señor.

MIGUEL. ¡Es que no puedo, Isabelita...! Quisiera quedarme, quisiera... ¡pero no puedo! Tú no podrías entenderlo.

ESTHER. ¡No! ¡No te irás, Miguel! La carta de mi padre es algo más que un ofrecimiento, Miguel. Es un ultimátum. Las cosas son como son, y hay que dejarlas donde están, donde siempre han estado. Ya ves a qué conduce intentar mover un solo ladrillo o un cabello: a que se vuelvan contra nosotros. Esta crueldad no nace de mi lógica, Miguel, sino de tu piedad.

MIGUEL. A pesar de todo, me voy. (*Va a salir.*)

ESTHER. Si sales por esa puerta, Miguel, no doy por tu vida el canto de un real.

ISABELITA. Entonces quédate, Miguel. Digo... yo le ruego al señor que... que se quede.

MIGUEL. No sabes lo que me estás pidiendo, Isabelita.

ISABELITA. Sí, Miguel... digo, señor. Le pido una prueba de amor, la misma que yo voy a ofrecerle. ¿Crees que soy un ángel? (*MIGUEL saca la carta. La mira.*) Un ángel de verdad, se entien-

de...

MIGUEL. (*Casi si voz.*) Sí...

ESTHER. ¡Más fuerte!

MIGUEL. (*Grita.*) ¡Síii...! (*Arruga la carta entre los dedos.*)

ISABELITA. ¡Ahhh...! ¿De veras lo soy, Miguel?

MIGUEL. Es que no sé si... (*Sin mirarla.*) Sí... ¡Sí!

ESTHER. (*Rápida.*) Y yo también lo creo. Lo que ocurrió es que, sin duda, cuando eras muy pequeñita, alguien te robó las alas.

ISABELITA. ¿Las mías propias?

ESTHER. Sí, las tuyas propias, con las que habías nacido. Todos los ángeles las tienen. Lo habrás visto en la iglesia, en los cuadros y las imágenes.

ISABELITA. Sí. ¡Sí...! (*Feliz*) O sea que el niño, cuando nazca, nacerá con sus alitas.

ESTHER. Sí.

ISABELITA. (*Ilusionada.*) Pero... ¿con alitas de verdad?

ESTHER. Claro.

ISABELITA. No como éstas, hechas con plumas de pollo.

ESTHER. Eso.

ISABELITA. ¿Has oído, Cloti? ¡Ayyy...! ¡Qué alegría más grande...!

ESTHER. Miguel, ¿sigues tú o sigo yo? Ya sabes de lo que se trata, ¿no?

MIGUEL. Sí, lo sé. Lo haré yo. (*A ISABELITA.*) Ven.

ISABELITA. Sí... señor.

MIGUEL. Verás... ella, ¿sabes? (*Señala A ESTHER.*) Aunque ha dicho que sí... en realidad no cree que tú lo seas... no cree que tú eres

un ángel... Y quisiera que tú...

ISABELITA. Ya... Y tú quieres que yo se lo demuestre.

MIGUEL. No. Yo no quiero nada. Es ella...

ESTHER. ¡Sí! ¡Eso es lo que los dos queremos! ¡Hazlo! ¡Miguel...!

ISABELITA. Por favor, no riñan ustedes por mí. ¿Cómo podría yo...? ¡Ahhh... ya sé! ¡Es muy fácil demostrarlo! ¿Me ayuda a ponerme las alas?

ESTHER. Sí. (*La ayuda.*)

ISABELITA. (*Súbitamente.*) ¡Cállate!

ESTHER. ¿Qué?

ISABELITA. No... si se lo digo a la Cloti. Por favor, no llores... Si vuelvo enseguida, Cloti, hija... Me pego un vulecito hasta la torre de la iglesia y vuelvo. (*A ESTHER.*) ¿No le importa que sea él quien me ayude? Gracias. Ay, Miguel, aprieta. Más...

MIGUEL. (*Ayudándola.*) No lo hagas.

ISABELITA. ¿Por qué?

MIGUEL. Espera un poco...

ISABELITA. ¿Qué? Ya... ¿qué puedo esperar, Miguel?

MIGUEL. Es que si no estás segura de serlo... ¡No lo hagas! No tienes por qué hacerlo.

ISABELITA. Es que ahora sí estoy segura de que lo soy, Miguel.

MIGUEL. ¿Por qué?

ISABELITA. (*Con amor.*) Porque tú me has dicho que lo soy... Y eso me basta.

MIGUEL. ¿Y si te hubiera mentido?

ISABELITA. Pero... no me has mentido, ¿verdad?

MIGUEL. (*Mira a ESTHER. Vencido.*) No.

ISABELITA. Pues... ¡allá voy! No. (*Grita.*) ¡No, no y no! ¡O te callas, o no te hablo más en la vida!

MIGUEL. Pero, ¿qué dices?

ISABELITA. Es la Cloti. ¿No la oyes? Está gritándome que me habéis mentido... que lo queréis es que me tire por el balcón, y como son tres pisos, pues... me mato contra las losas de la plaza.

MIGUEL. (*Por detrás.*) Estás... temblando.

ISABELITA. Un poco. Sí. De la emoción.

MIGUEL. ¿No será que tienes miedo?

ISABELITA. ¿Por qué iba a tener miedo?

ESTHER. ¡Estamos esperando!

ISABELITA. Sí. Allá voy... (*Al oído.*) Tienes razón, Miguel, tengo miedo. Pero no por lo que dice la Cloti, no... Es que esto de volar me coge tan desentrenada... Mi vida es triste vista desde tus ojos, pero yo no he conocido otra. Estoy acostumbrada. Y lo que no quiero no, no, no, morir no: quiero seguir oyendo el canto de los pájaros cuando llevo el ganado por los campos después de la lluvia, y sentarme ante el fuego las noches del invierno para oír de labios de los más viejos historias de aparecidos, leyendas de otro tiempo; algún día, a veces, lo sueño, contaron mi historia: la de una pobre tonta de pueblo que se enamoró de un príncipe de leyenda. Y que lo oiré desde un rincón mientras peino mi pelo blanco y digo sí así ocurrió; yo le amaba tanto que era como si desde que nos creó él en el mundo no hubiera habido otro amor. Yo le creé el amor. Yo. No Dios; yo, la tonta, la miracielos. Yo cuando me enamoré de Miguel creí en el amor. Dame valor, Miguel. (*Le toma una mano.*) Tú también tiemblas. ¡Y ella! (*A ESTHER.*) ¿También usted tiene miedo? Igual que la Cloti. Todos... ¡Ojalá llegue un día en que todos cojamos nuestro miedos... y nos echemos a

volar! Sí, ya verán como llegará ese día. Y todos juntos, volando, llegaremos muy alto... y veremos... ¡que el miedo no existía! ¡Que no era nada! ¡Que éramos nosotros mismos! ¡Sí! ¡Los unos acechando a los otros! Y entonces nos reiremos para siempre del miedo. ¡Y seremos felices! Bueno, voy a tomar impulso. ¡A la unaaa...! ¡A las doos...! ¡Y a laaas...!

PETRA. (*Entrando con sus bolsos.*) ¿De modo que pensaban irse sin nosotras, eh? ¡No se atrevan, que a la hija de mi madre no la...!

ESTHER. (*A PETRA.*) ¡Cállese! (*A ISABELITA.*) ¿Qué esperas?

ISABELITA. ¡Y... a las tres! (*Corre.*)

PETRA. Pero... ¿qué vas a hacer, imbécil?

ISABELITA. Voy a dar una vueltecita hasta la torre de la iglesia. ¡Adiós! ¡Adiós, Petra! (*Les lanza besos.*)

PETRA. ¡Eres tonta del culo! ¿Qué haces?

ISABELITA. ¡Adiós a todos...! ¡Adiós...! (*Se para en el balcón.*)

PETRA. ¡Ehhh...! (*Va hacia ella.*) ¡Bájate de ahí, idiota! (*Grita.*) ¡Que vas a caerte y te vas a romper los sesos contra las losetas!

ISABELITA. (*Riendo.*) ¡A volar, angelitoos...!

PETRA. ¡Nooo...! (*La aferra. Luchan*) ¡No saltes!

ISABELITA. (*Lanzándose al vacío.*) ¡Adiós...! (*Un grito. Un ruido.*)

PETRA. (*Grita.*) ¡Nooo...! ¡Ahhh...! ¡Se ha matado! (*Se oyen gritos y voces en la plaza.*)

ESTHER. (*Después de una pausa.*) Asunto resuelto. Aquí no ha pasado nada. Saldremos por el patio.

MIGUEL. Aún no.

ESTHER. ¿Qué pasa? ¿Es que... quieres ver el cadáver?

MIGUEL. Vete. Déjame.

ESTHER. La vida continúa, Miguel.

MIGUEL. La de ella, no.

ESTHER. Una pobre idiota. Le hemos hecho un favor. Lo suyo no era vida.

MIGUEL. Y la nuestra es tan importante, ¿verdad? Tenemos tanto que hacer por... ¡dilo!

ESTHER. ¿Qué?

MIGUEL. Por el país. Es lo que dice siempre tu padre.

ESTHER. Y tiene razón.

MIGUEL. ¿Qué te parece si me asomo al balcón y digo algo así como: «¡Mis queridos amigos, ciudadanos, yo...!».

ESTHER. Por favor. Discursos a mí, no. Ni ahí fuera, tampoco. Los discursos tienen su sitio. Y su público.

MIGUEL. Precisamente. Ellos. Los que están ahí y no comprenden lo que pasa. Están asustados. Mejor, ¿verdad? Es más fácil manejarles con el miedo. ¡Pobre Isabelita!

ESTHER. A lo hecho, pecho.

MIGUEL. ¡Pobre Esther!

ESTHER. Me es igual lo que digas. El caso es que hagas lo que debes. Y no será fácil porque, lo sabes bien, tienes muchas cualidades, menos ...

MIGUEL. Menos el cinismo.

ESTHER. No... Menos el valor. Acéptalo: ¡eres un cobarde!

MIGUEL. Lo era. Lo he sido hasta hoy. Hasta ahora. Ya no. Desde que me he prestado a esto, pertenezco a la raza de los que actúan.

ESTHER. ¿Seguro?

MIGUEL. Sí. Ya tengo lo que me faltaba: mi bautismo de sangre. Y

eso, además, hace de mí un hombre en el que se puede confiar, porque se le tiene atrapado. El clan podrá catapultarme hasta la cima de las cimas.

ESTHER. ¿Quieres dejar de decir tonterías? Tenemos que llegar a tiempo a una cena muy importante.

MIGUEL. Ven. Mírame. (*Le toma la cabeza entre las manos.*) Ya pueden irse preparando. ¡Qué sorpresa van a llevarse tu padre y todos los demás! (*Saca del bolsillo el sobre y lo rompe.*)

ESTHER. ¿No quieres el puesto que te ofrece?

MIGUEL. Pero... ¿de qué me estás hablando? ¿Un puesto a mí, y de la mano de tu padre? ¡Mírame a los ojos! Te juro, Esther, que lo de él y lo de todo el clan, hasta hoy, ha sido un juego de niños. Ya soy de ellos, ¿no? ¡Pues bien! ¡No voy a aceptar un puesto cualquiera! ¡Voy a elegirme uno! Y con el tiempo, (*Despectivo.*) te juro que pondré a tus pies el que me merezco: el primer puesto, ¡el primero! (*Sale.*)

PETRA. (*Reaccionando.*) ¡Asesinos! ¡Haré del mundo plaza para gritarlo! ¡Asesinooooos...! ¡Vosotros la habéis matado!

ESTHER. No. Se ha tirado ella sola. Todo el pueblo lo ha visto.

PETRA. ¡Impulsada por vosotros! ¡La habéis hecho que se tire, engañándola! ¡Asesinos!

ESTHER. ¿Quién va a creerte? Es tu palabra contra la nuestra. Ten cuidado, porque podemos decir que no fue un suicidio, o un accidente, sino que tú la empujaste en una lucha de celos entre dos prostitutas. ¡Todo el pueblo os ha visto forcejeando en el balcón!

SOFI. (*Entrando.*) Pero... bueno, ¿qué coñete pasa aquí? De pronto han echado todos a correr y me han dejado sola en el pajar... (*ESTHER sale.*) ¡Ay, corre, Petra, que se nos largan los duques!

PETRA. Ve tú... Yo me quedo. (*Ha cerrado el balcón. Está recogiendo las cosas de ISABELITA.*)

SOFI. No sé que habrá pasado, pero si tú te quedas, yo también.

PETRA. No... tú vete. Te llevarán en uno de los coches, no temas.

SOFI, ¿Y tú?

PETRA. Yo... me quedo.

SOFI. ¿A qué?

PETRA. Vete, antes de que... lo sepas.

SOFI . Bueno... Adiós, Petra. (*Se abrazan.*) Te esperaremos un poquito. Tres toques de claxon... por si al fin te decides. Tengo miedo. (*Llora.*)

PETRA. ¿De qué?

SOFI. De todo; de la vida; hay tantas cosas que no comprendo, tantas. (*Aterrada*) ¿Acabaré como ella?

PETRA. ¿Como quién?

SOFI. Como Isabelita. Oye, eso de ser tonta es una enfermedad de los que van siempre a más a peor hasta que una se muere.

PETRA. ¿Por qué?

SOFI. Porque yo esa enfermedad la tengo, pero no sé si es que aún estoy en los comienzos o dónde, pero algo sé seguro: que así no puedo trabajar; en esto nuestro hay que poner alegría; y de dónde saco yo de eso si estoy muerta de miedo? Ay, qué pena esto de tener pocas luces, hijita. (*Sale. PETRA abre la cajita de música. Se oye la sonería. Llora. Una pausa. Súbitamente, el balcón se abre solo, de par en par. Se oye un gran ruido de viento. PETRA se estremece. Mira hacia el balcón. Esta nevando.*)

ESTHER. (*Grita.*) ¡Ahhh...! ¡Era verdad! ¡Lo era! ¡Lo era! ¡Ella lo sabía! ¡Era un ángel! ¡Ahí está la prueba! ¡Nieva! ¡Está nevando! ¡Y estamos aún en pleno otoño! ¡Venid todos! ¡Volved! (*Va hacia la puerta y se encuentra con ISABELITA, que acaba de entrar. Retrocede.*) ¡Ahhh! ¿Tú?

ISABELITA. No grites.

PETRA. ¡Sí! ¡Grito! ¡Quiero que lo sepan todos! ¡Es otro milagro!

ISABELITA. (*Tapándole la boca y aferrándola.*) ¡No! (*Caen ambas al suelo.*) Habría sido hermoso que... pero no.

PETRA. ¿Qué?

ISABELITA. Que yo hubiera sido... si no un ángel, un... un ser humano... Que nevara por mí... Pero yo no he muerto... Y no nieva, Petra. Es el viento que se lleva las últimas flores de los cerezos.

PETRA. Pero tú... ¡Tú has saltado por el balcón!

DOÑA CONCHA. (*Entra hecha una loba.*) ¡Al toldo del bar, la muy cabrona! ¡Y no es la primera vez! ¡La próxima vez te mato! ¡Por poco lo desfondas! ¡Y menudo susto has dado a los de la zarzuela! ¡Ya verás cuando lo sepa la Gerarda, que todo esto es suyo! Bueno, ¡adiós! El gran mundo me espera. (*Sale.*)

ISABELITA. Ya ves... no ha habido ningún milagro. Siempre salto por ahí cuando Doña Concha me persigue para pegarme. Lo he hecho muchas veces. Eso, y también subirme a los árboles como un gato cuando el Toñón y los demás me persiguen... Es sólo parte de mi forma de sobrevivir. Siempre ha sido así.

PETRA. ¡No! ¡Aquí ha habido un milagro! Y yo voy a tocar las campanas de la iglesia: que venga todo el pueblo y lo sepa.

ISABELITA. Pero... ¿cuál es el milagro, Petra?

PETRA. (*Intensa.*) ¡Tu! Tú, que no eres la misma que cuando te vi por primera vez. ¡Voy a llamar a todos!

ISABELITA. (*Aferrándola.*) No, por piedad, Petra. Ya vuelvo a ser igual que antes. Mírame. (*Canta y salta.*) «Al corro chirimbolooo...»

PETRA. ¡Estás fingiendo!

ISABELITA. Sí ¡Pero por Dios vivo, cállate! ¡Te lo suplico, Petra! Yo soy... la que siempre he sido, Isabelita la miracielos. Me iré

apagando una a una las velas que me han ido encendiendo aquí...
(*Se acaricia la frente.*) ¡Compréndeme! Necesito, como todos,
sobrevivir a cualquier precio. Y yo... sólo puedo sobrevivir como
la tonta del pueblo.

PETRA. Pero... ¡ya no lo eres!

ISABELITA. Pero tampoco soy aún de los vuestros... (*Abraza a
PETRA.*) ¡No...! ¡No digas la verdad a nadie! ¡Jamás, Petra!
¡Júramelo! (*Se oye fuera un claxon.*) Anda, vete con ellos. Y diles
que no me he muerto. O si quieres, no les digas nada... que lo crean.
Sí, que crean que me han matado. Así podrás sacarles más dinero.
(*Se oye nuevamente el claxon.*) Vete.

PETRA. Me da tanta pena dejarte sola...

ISABELITA. Sola, no... Yo me quedo con la Cloti, el Toñón... y todos
los demás.

PETRA. Adiós, Isabelita.

ISABELITA. La miracielos... (*Hace un gesto de pedorreta.*) ¡A ver...
házlo! ¡Dilo!

PETRA. No, no, no...

ISABELITA. Sí. Dilo. Hazlo.

PETRA. Adiós, Isabelita... la miracielos... (*Hacen ambas dos patéti-
cas pedorretas. PETRA sale. Música. ISABELITA cae de rodillas
llorando.*)

ISABELITA. ¿Todo va a seguir igual que siempre, Dios mío? ¡Oh,
no! Isabelita la miracielos, la tonta que se viste de ángel para el
milagro... ¿Cuanto tiempo faltará para que ocurra el milagro? o
¿ha ocurrido ya y no han sabido verlo, no ha servido para nada?
¡Alegría, Cloti querida! Pronto empezaré a sentirle... (*Se toca el
vientre.*) ¡Ay, ser cuna...! Ya lo soy, Cloti. ¿Qué te parece si
entretanto nos llega, y nos llora, y nos sonrío, le vamos enseñando
ya todo lo que Miguel nos enseñó a nosotras...? Para que nazca ya
con sus alas, aunque sean pequeñas... pequeñas... muy pequeñi-
tas...

(*TELÓN LENTÍSIMO.*)